

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1853.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Año 12. — N° 50.

Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

## SUMARIO.

La ciudad de Schumla en Bulgaria; grabado. — Intrigas de alicia. — El clipper Great Republic. — Historia de la semana; grabado. — Obras del Louvre; grabados. — Las naves a pique. — El calesin. — Los habitantes de la India; grabados. — El 4 de julio en Boston. — Establecimientos franceses en las costas de Africa; grabados. — El carpintero; cancion. — La luna de enero. — Novedades varias. — Caminos de hierro por calzadas comunes grabado.

La ciudad de Schumla en Bulgaria, que se ve representada en nuestro primer dibujo, es un punto estratégico muy importante; pues se considera como la llave de los Balkanes, de modo que el haberla elegido Omer-bajá para sentar en ella el cuartel general de sus tropas, es una prueba mas de las altas capacidades que posee el jefe del ejército turco.

Schumla muy bien fortificada, posee un castillo fuerte y un campo atrincherado. Se halla situada á nueve jornadas de Constantinopla y se considera como la bar-

ra natural del Imperio contra la Rusia, aunque sin embargo fué tomada en 1829 por Diebitch, que recibió con aquel motivo el sobrenombre de Sabalkanski. Su posición en las vertientes de los Balkanes la hace muy fuerte, y esta posición es tanto mas ventajosa como centro de operaciones de los turcos, cuanto que vienen á parar á ella todos los caminos de las fortalezas del Danubio, del mar Negro y de la Tracia.

Al transmitirnos estas noticias sobre Schumla nos comunican acerca de Omer-bajá una anécdota que prue-



La ciudad de Schumla, cuartel general de Omer-bajá.

ba el cariño que tiene este general á su patria adoptiva. Omer-bajá se empeña en llevar á Constantinopla á todo europeo de capacidad en las ciencias, las letras ó las artes.

« Uno de mis amigos, arquitecto, escribe nuestro corresponsal, se hallaba en Constantinopla dibujando un edificio, cuando pasaron varios señores musulmanes á galope. Uno de los mas brillantes se detiene de repente, se apea, le toca en el hombro á mi amigo, y le dice en buen alemán :

— ¿Quién sois?

— Soy alemán.

— ¿Qué hacéis aquí?

— Viajo para instruirme en mi carrera de arquitecto.

— Pues en vez de correr mundo, respondió el turco, quedaos aquí, nos haréis casas y palacios, y con mi recomendación está asegurada vuestra fortuna.

Mi amigo no quiso aceptar, y el musulmán montando de nuevo á caballo, le dijo :

— Haced mal; pues S. A. ama á los hombres de talento. »

El turco tan afable y tan afecto al Sultan era el adversario de Gortschakoff, Omer-bajá.

Volviendo á Schumla, dirémos que no parece que el cuartel general de los turcos deba permanecer allí fijo; un periódico indica que se habla de transportarle á Rasgrad, que se halla en el camino de Routschouk, á una distancia casi igual de ambas ciudades.

### Intrigas de aldea.

#### III.

Cualquiera creará que los padres de Clotilde se reconciliaron con Andrés desde el momento en que este cediendo á un impulso caballeresco les hizo depositarios de su confianza; pero no fué así, ni podía serlo; porque las personas que no son capaces de comprender las buenas acciones, son incapaces de agradecerlas. No hay rasgo de generosidad que no sea mal interpretado por un avaro, ni hecho heroico que no merezca el nombre de imprudencia temeraria en el concepto de los cobardes. Así los padres de Clotilde se dieron la enhorabuena por el desenlace de los sucesos, pues una vez vuelta á su poder su hija se prometieron el mejor éxito en las nuevas intrigas con que pensaban llevar á cabo sus proyectos. Para esto celebraron varios conciliábulo con su amigo el alcalde, hombre rico en invenciones, pero que tenía la desgracia de no salir airoso en ninguna de sus empresas.

En la primera de estas reuniones se trató de trasladar á Clotilde á la capital de España, encerrándola si era necesario en un convento, de monjas por supuesto, proyecto que fué aprobado por unanimidad, mas que por unanimidad, por aclamación; pero al ir á realizarlo encontraron que era irrealizable, no solo por la repugnancia de Clotilde sino porque hallándose ya esta bajo la garantía de la ley, nadie podía obligarla á dejar su casa sin exponerse á las graves consecuencias de toda contravención.

En la segunda sesion se pensó en llamar á un cura para que de grado ó por fuerza casase á Clotilde con Simplicio; idea que pareció bien al principio, siendo preciso abandonarla al fin por varias razones: la primera porque envolvía tambien una infracción ó violación de la ley que en aquella situación protegía con todo su poder la independencia de la muchacha; la segunda porque Clotilde tenía bastante entereza de alma para decir no cuando la mandasen decir sí; la tercera porque no habria cura en Arganda, y quien dice en Arganda dice en todo el mundo, que quisiera prestarse á servir de instrumento en tan insensato plan, y por último habia tambien el inconveniente de que Simplicio no podia casarse antes de sufrir el sorteo de la nueva quinta.

En honor de la verdad, debo decir que ninguno de estos proyectos fué propuesto por el alcalde, y tambien es cierto que por lo mismo que eran tan absurdos se desbarataban en tiempo oportuno sin producir otro mal que el de haber perdido lastimosamente algunas horas en su discusión. Los planes del alcalde no eran tan afortunados, quizá porque eran mas practicables, y si no lograba lo que se proponía podía decirse que no era porque careciese de disposiciones para la intriga, sino porque la desgracia se obstinaba en perseguirle. Así, es preciso convenir en que el proyecto de sacudir una paliza mortal á Andrés, era un proyecto detestable, pero no imposible; solo que como el señor Alfonso era tan desgraciado en la práctica, en lugar de ordenar una paliza para Andrés la ordenó para su hijo Simplicio. Sentados estos precedentes podemos pasar á referir lo que ocurrió en el tercer conciliábulo. La reunion se verificó en casa de Clotilde, y en ella tomaron parte el alcalde, el regidor, Simplicio y el secretario del ayuntamiento, que como suele acontecer, coadyuvaba á los planes buenos ó malos de sus superiores, aunque no fuese mas que por conservar su destino.

— Señores, dijo el alcalde, nuestra posición es grave.

— Y muy grave, añadió el secretario.

— Mi hijo, repuso el alcalde, está expuesto á quedarse sin su costilla.

— Mejor haría Vd. en decir que estoy expuesto á perder todas las costillas, contestó Simplicio llevándose la

mano á las espaldas donde sentía cierta incomodidad muy natural despues de la paliza que habia sufrido.

— No se trata aquí de esa costilla, hijo mio, sino de la otra, dijo el señor Alfonso.

— Es una metáfora, repuso el secretario.

— En efecto, continuó el alcalde, sin saber lo que era metáfora; en efecto, y la prueba de lo que dice el señor secretario está en que mientras nosotros tratamos de introducirte en esta casa, no falta quien te quiera meter fuera.

Entonces fué cuando Simplicio y el regidor creyeron comprender lo que habia querido decir el secretario, cosa por otra parte sencilla despues de la magnífica explicación que acababa de dar el alcalde.

— Señores, exclamó Simplicio; yo creo que no es á Andrés á quien debemos tener miedo, sino á la quinta, y para lograr lo que deseamos basta que yo presente una exención.

— Heineccio no nos enseña nada sobre esa materia, respondió el secretario.

— El necio será Vd., repuso Simplicio en ademán de romper las narices de una bofetada al preopinante.

El secretario tuvo que dar una explicación de la cita que habia hecho, manifestando no haber llamado necio á Simplicio, sino que se habia referido á un célebre juriscónsulto llamado Heineccio. Este incidente produjo alguna confusión (ó hilaridad como dicen ahora) pero restablecida la calma, y concentrados de nuevo los ánimos en el punto capital que motivaba la sesion, dijo el señor alcalde :

— Hijo mio: esa exención de que hablas no tiene lugar, porque desgraciadamente no te hicieron demasiado daño la noche de la paliza.

— ¿Qué no me hicieron demasiado daño? Como Vd. lo hubiera sufrido ya vería Vd. lo que era bueno y barato.

— Quiero decir que ya que tuviste la desgracia de sufrir los palos, fué una lástima que no te rompiesen el espinazo, con lo cual podríamos hoy motivar la exención.

— Es verdad, dijo Simplicio, comprendiendo entonces cuan desgraciado habia sido al recibir los palos que le dieron sus criados, y luego añadió como entusiasmado por una idea luminosa: « Si ese infame de Andrés no me hubiera socorrido, es probable que yo hubiera muerto, y ahora el tal Andrés no me disputaría la novia, porque decididamente sería soldado. »

Esta ocurrencia de Simplicio fué oportunamente contestada por el alcalde que vió las pocas cualidades que su hijo tenía de héroe eclipsadas por las que tenía de tonto. Reclamó de nuevo la atención del auditorio, suplicó que nadie le interrumpiera en su discurso, y habló en los términos siguientes :

— Tenemos un medio seguro, inevitable de hacer que Andrés sea soldado, y creo que todos Vds. me darán la razón. Sabemos que el pueblo de Arganda debe dar un quinto, no habiendo mas mozos sorteables que Simplicio y Andrés, lo cual quiere decir que el que de estos dos obtenga el número uno, será irremisiblemente soldado. Ahora bien, ¿ quiénes son los que han de hacer las cédulas sino nosotros mismos? Luego nosotros podemos hacer una trampa en el acto de escribir las cédulas, y esta trampa es tan sencilla como fácil. En lugar de hacer una papeleta con el número 1, y otra con el número 2, podemos hacer las dos papeletas con el número 1. Entonces, siguiendo la costumbre establecida que consiste en que cada mozo saque su papeleta de la urna, harémos que Andrés sea el primero á sacar su suerte que forzosamente será mala, pues no podrá menos de sacar el 1. Podría descubrirse el engaño sacando la otra papeleta; pero ya saben Vds. que en semejantes casos, es decir, cuando no hay mas que dos mozos disponibles para el sorteo, nunca se saca la segunda papeleta, puesto que por el número de la que ha salido se infiere el de la que ha quedado dentro; de modo que cuando Andrés conozca su suerte, podemos romper la otra papeleta sin necesidad de examinarla.

Esta proposición obtuvo un aplauso prolongado de parte de la entusiasmada asamblea: no era necesario preguntar si quedaba ó no aprobada, pues la unanimidad se habia manifestado bajo todas las formas posibles, en la lengua, en el semblante y en las manos de los circunstantes que en aquel momento de delirio hubieran hecho repicar las campanas de Arganda si no les importara mantener secreto el motivo de su alegría. Indudablemente se habia resuelto el problema; Simplicio podía considerarse ya libre, y de consiguiente Andrés podía irse preparando para entrar en el servicio militar, renunciando para siempre á la mano de Clotilde.

— Es preciso convenir, dijo el secretario, en que nuestro buen alcalde ha dado en el *quid*, y que todo saldrá á medida de nuestro deseo si no hay un *lapsus*.

— ¿ Que *quid* ni que *lapsus*! contestó Simplicio irritado de oír tantas palabras que no entendía; ¿ le parece á Vd., señor secretario, que tenemos aquí obligación de saber el francés?

— No hablaba yo en francés sino en latín.

— Lo mismo dá.

— Y queria decir, añadió el secretario, que saldremos airoso del empeño si no hay alguna equivocación.

— No hay nada que temer, repuso Simplicio; Vds. pondrán en cada papeleta el número 1, yo trataré de sacar mi papeleta antes que Andrés me tome la delantera, y asunto concluido.

— ¿ Te quieres callar? exclamó el alcalde, apesadumbrado de ver desmentida en su hijo la proverbial astucia de la familia. ¿ No conoces que acabas de decir un

disparate? ¿ No comprendes que si eres tú el primero á sacar la cédula, sacarás forzosamente el número 1, y serás irremisiblemente soldado?

— Ese es el *lapsus* que yo temía, dijo el secretario, y no pasé á esplanarlo por evitar la polémica.

— Precisamente, añadió tambien el alcalde sin saber lo que era polémica; el señor secretario queria evitar la polémica, ó en otros términos, queria impedir que mi hijo cometiese una barbaridad, pero afortunadamente todos nosotros estaremos á la mira el día del sorteo, y no habrá polémica.

Simplicio y el regidor quedaron asombrados de ver que el alcalde, sin haber estudiado teología ni medicina, fuese capaz de interpretar el lenguaje técnico de un hombre como el secretario. Conviniéron todos en que el asunto estaba suficientemente discutido y trataban de levantar la sesion cuando Simplicio hizo prorogarla por medio de esta pregunta que causó una profunda sensación :

— Ahora que podemos considerar á Andrés como soldado, ¿ no creen Vds. que convendría decir á Clotilde lo que hemos resuelto para que no la coja desprevenida?

— Señor regidor, exclamó indignado el alcalde: hágame Vd. el favor de meter á mi hijo en un calabozo, y no sacarlo de allí hasta el día del sorteo; porque estoy viendo que si no le atamos corto vamos á ser víctimas de una polémica.

El regidor no quiso obedecer al alcalde; pero fué bastante cruel para dar á Simplicio una prisión mas penosa que la del calabozo. Propuso que desde aquel momento quedase Simplicio bajo la dirección, tutela y vigilancia del secretario, que como hombre de buen juicio sabria comprimir los arranques de la inexperiencia, y esta proposición fué aceptada tambien por todos con entusiasmo, excepto por Simplicio que se afligió mucho con la idea de vivir mas de quince días en compañía de un hombre cuyo lenguaje jamás habia podido comprender. Levantóse pues la sesion, que seguramente no habia sido infructuosa, y se convino antes de disolverse la reunion en que era preciso obrar con mucha reserva, que nadie habia de tener noticia de lo que se pensaba hacer, y sobre todo que la persona que ménos debia penetrar en aquel importante secreto era Clotilde.

Pero la causa que generalmente hace frustrar los planes mejor concebidos de los intrigantes no está en las malas medidas que toman, sino en tomarlas demasiado tarde. Verdad es que antes de abrirse la sesion de que hemos dado cuenta se habia dispuesto que Clotilde no se apartase del lado de su madre, y efectivamente, la mujer y la hija del regidor habian estado toda la noche en la cocina haciendo calceta; pero nadie pensó en que cuando un padre trata de vigilar á sus hijas debe empezar por vigilar á sus criadas, y este olvido fué una falta bastante grosera entre personas tan astutas como las que formaban el centro diplomático de Arganda. Diciendo que el regidor tenía una criada, excusado será decir que esta criada servia con mas interés á Clotilde que á los otros amos. Así sucedía, en efecto, y mientras los conjurados discutian el mejor medio de contrariar los deseos de la señorita de la casa, la criada, clavada como una estatua, conteniendo la respiración, y sin apartar un instante su oreja del ojo de la llave, recogía tan ordenadamente en su memoria los pormenores del debate, que hubiera podido redactar un acta con mas fidelidad que un taquígrafo. Despues que oyó lo que mas interesaba saber, se retiró á su cuarto, se echó á dormir, y cuando la llamaron para cenar, ya fuese que dormia realmente, ya que fingiese el sueño, lo cierto es que aturdió la casa con sus ronquidos. Como es consiguiente, no habian discurrido dos horas cuando Clotilde estaba ya instruida de todo lo que pasaba, y no llegó la noche siguiente cuando ya Andrés estaba al cabo de la intriga, pensando no en destruirla por medio de una escandalosa publicidad que no hubiera mejorado su situación siempre sujeta á una probabilidad fémible, sino en ver como esta nueva paliza del reemplazo podría recaer exclusivamente sobre las costillas de Simplicio.

J. M. VILLER GAS.

### El clipper Great Republic.

En los diarios americanos encontramos detalles interesantes acerca del gigantesco clipper *Great Republic*.

M. Donald McKay, constructor y propietario de este magnífico navio, está mucho tiempo hace ya á la cabeza de esa gran empresa que tiene por objeto el realizar por medio de continuos progresos los medios de transporte que sean capaces de ponerse en armonía con el prodigioso acrecentamiento de las transacciones comerciales que tiene lugar entre las costas orientales y occidentales de la América.

El *Flying Cloud* ha sido el primer clipper que ha abierto el camino al rápido desarrollo de estos soberbios leviatanes, tanto en celeridad como en magnitud. En uno de sus viajes desde Nueva-York á San Francisco, este buque hizo el viaje en el espacio mas breve que ningún otro buque; durante veinticuatro horas consecutivas habia logrado el maravilloso resultado de una travesía de 374 millas geográficas. Sin embargo, el espíritu de incansante progreso de M. Donald McKay dedujo que, pues que le habia sido posible llegar á tal punto de celeridad, tambien le sería el alcanzar algo mas, y no teniendo con quien rivalizar, rivalizó consigo mismo. *El Sove-*

*reign-of-the-seas* era en su pensamiento el buque destinado a eclipsar a todos los clippers precedentes; el objeto se logró con efecto, porque el *Sovereign-of-the-seas*, se mostró digno de su nombre, recorriendo en veinticuatro horas consecutivas, 430 millas geográficas, sea 56 millas más que el *Flying-Cloud*.

Cualquiera otro hubiera quedado satisfecho, pero M. Donald McKay con la idea de que el progreso es siempre posible, puesto que la perfección no existe sino en nuestra mente, quiso aprovecharse de la experiencia que había adquirido en los ensayos y con los estudios que cada día hacía.

Estaba demostrado, por ejemplo, que el trayecto de California se veía entorpecido considerablemente por las violentas tempestades, que con mucha frecuencia asaltan a los buques en el Cabo de Hornos. Ahora bien, cuanto más largo y ancho es un buque, más medios tiene para luchar con las olas de un mar borrascoso. Se necesitan pues buques mayores que los empleados hasta ahora en este viaje. El *Great Republic* está destinado a esta experiencia, que se cree sea feliz, el cual construido y botado por M. Donald McKay, va a aparejar muy pronto bajo su dirección.

Se debería suponer que este buque gigantesco de 4,000 toneladas debía presentarse a la vista como una masa enorme; pero tal es la belleza de sus formas, la armonía de sus proporciones, que no se percibe su colosal volumen. En la construcción del *Great Republic* se han empleado 1,500,000 pies de pino, 2,056 toneladas de encino, 336 y media de hierro, 56 de cobre, para la clavazón etc., sin contar con el forro. Este buque desplegará 48,000 pies de lona en sus cuatro mástiles. Por una feliz ocurrencia, se ha establecido a bordo una máquina de vapor de 15 caballos, destinada a hacer todo el trabajo penoso, a levar anclas, cargar, descargar, etc., etc. Esta máquina se complica con un aparato de destilación para hacer potable el agua del mar. La tripulación a quien ha de costar muchas fatigas, la instalación se compondrá solo de 100 hombres y 30 grumetes. El navío tiene cuatro puentes y un falso puente que tiene cuatro camarotes cómodos para la tripulación. Todo lo demás está en proporción con la grandeza del buque: vigas, mástiles, etc., el palo mayor y el palo de mesa tienen 44 pulgadas de diámetro; la verga mayor 28, y 120 pies de longitud, sosteniendo una vela de 120 pies cuadrados.

Pararayos de nueva invención coronan los mástiles; según se dice, no se ha olvidado nada de cuanto puede contribuir a aumentar la fuerza, la elegancia y la seguridad de este buque sin igual.

## Historia de la semana

Empieza a resonar en París el ruido más ó menos armónico de los conciertos. El domingo último ha abierto la marcha la sociedad de Santa Cecilia, cuya orquesta, rival de la del Conservatorio, que es hoy sin duda alguna la primera de Europa, ejecutó en su función de estreno varias obras de Mozart, de Haydn, de Halevy, de Roberto Schumann, de Sebastian Bach y de Beethoven. La orquesta y los coros, bajo la dirección de los señores Seghers y Wecklin, no dejaron nada que desear en la finura y delicadeza de los pormenores y en la precisión del conjunto.

Lo que más llamó la atención en el concierto, abstracción hecha de las sinfonías de Beethoven y Mozart cuyo mérito es clásico en el arte, como en literatura son modelos eternos las obras de Shakespeare y de Goethe, fué la obertura de *Manfredo* de Roberto Schumann, crítico muy estimado y compositor de cierta nombradía en Alemania que, como Weber, manifiesta en sus obras una originalidad notable. La orquesta de Santa Cecilia se pronunció en el último ensayo contra esta obertura de *Manfredo*, composición enteramente nueva inspirada por el poema de lord Byron; y solo al empeño tenaz que mostró el director a la cabeza de su ejército rebelde, debemos el haber oído reproducidos por los efectos de la orquesta, los sentimientos que agitaban al poeta escéptico y desalentado en lucha abierta contra la tierra y el cielo.

— ¿Porqué no vivís como los demás hombres? decía el abate a Manfredo.

— Porque mi naturaleza es contraria a esa vida monótona, respondió este. Y sin embargo, no siempre fui cruel; quise hallar un desierto, pero no crearle en mi alrededor. Me parecía á ese viento ardiente y devorador que habita en el desierto, que sopla únicamente sobre arena donde no crece un solo arbusto, que se revuelve entre las áridas olas que levanta, que no busca a nadie y que nadie le busca, pero cuyo contacto fatal mata todo lo que encuentra. Ese fué el curso de mi vida; he hallado en mi camino objetos que ya no existen...

— Mirame pues. Hay en la tierra hombres que se hacen viejos en la juventud y mueren jóvenes, sin haber buscado la muerte violenta del guerrero; hay otros que sucumben al placer, otros al estudio; estos mueren por trabajar demasiado, aquellos mueren de aburrimiento; hay enfermos, dementes que bajan también al sepulcro; por fin, se muere también de pena, el corazón mata en la tierra a mucha gente. ¡Mirame! Yo he sufrido todas esas cosas, cuando una sola basta para morir; no te sorprendas, pues, de que sea quien soy, sino de que haya podido vivir, ó de que habiendo vivido, me halle todavía en la tierra.

Así habla Manfredo, ese cerebro alucinado, esa inteligencia orgullosa vencida por la duda, y que muere en la rabia de la impotencia. Un músico alemán debía caer en la tentación de apoderarse de semejante argumento, para manifestar á benefi-

cio de su arte sublime esa lucha de la vanidad desengañada que encuentra el vacío en todas las cosas y se enfurece incesantemente contra todo lo bello, grande y generoso, contra todo lo que vive y respira en derredor suyo.

Inspirado por tales ideas, el talento de un gran compositor hace prodigios. La música, ese arte ultrajado por los que creen que su única misión consiste en poner en solfa las palabras de un libretto italiano, se revela entonces tal como es, independiente, libre, declarando, sin otra voz que su voz natural, el sonido de los instrumentos, el argumento misterioso y oculto que anima sus inmortales creaciones. ¡Qué poesía podría ponerse al nivel de los cánticos ya enérgicos, ya lastimeros de la *sinfonía heróica* de Beethoven, según el héroe se halla en la cumbre de su apogeo ó en su decadencia, ó de las tempestades y cataclismos de la *Pastoral*, de ese mismo autor ó de tantas y tantas obras imperecederas, de esa extraordinaria escuela alemana que empieza en Haydn, y acaba en el autor de la obertura de *Manfredo*! Sí, la palabra es impotente para seguir el diapason de esas grandiosas concepciones, y la música teatral, cualquiera que sea su mérito, pues solo del género se trata aquí, nunca podrá llegar á esas esferas luminosas en que el ideal supremo de la música luce exclusivamente con su propio brillo.

M. Seghers ha merecido mil elogios de la prensa por haber dado á conocer en París ese drama-sinfonía de *Manfredo* que la orquesta desarrolla en todos sus pormenores, mediante una asombrosa combinación de armonías.

Algunos días antes esta misma sociedad musical había celebrado en San Eustaquio la fiesta de Santa Cecilia su patrona, con una música compuesta por M. A. Thomás, en la que tomaron parte seiscientos ejecutantes. Los solos fueron cantados por los primeros artistas de la Opera, de modo que esta concepción religiosa que pasa por una de las primeras de nuestro tiempo, salió con una magnificencia superior á todos los elogios.

Estas solemnidades musicales han despertado ya la afición á los conciertos, monomanía que se apodera de París todos los años por esta época. Los pianos nos amenazan por todas partes, y los verdaderos artistas se hallan acometidos de una lluvia de esquelas de convite que ocultan todas ellas un pérfido lazo. Pero para eso estos artistas están en guardia, y ya se empiezan á contar anécdotas sobre este punto, que hacen reír, como es debido, á las gentes del oficio. Entre ellas citarémos una que es auténtica.

Parece que un pianista célebre fué convidado á comer días pasados en casa de M. Sakoski, el zapatero del Emperador, un gran personaje; la reunión no podía ser más escogida; de modo que nuestro pianista no pudo negarse á condescender con los deseos de la concurrencia. A pesar de su mala gana, el artista tocó como siempre admirablemente, y M. Sakoski le dió por su amabilidad las gracias más expresivas.

El hombre se la guardó, como suele decirse, y hace cuatro días convidó á su vez al ilustre zapatero; pero, ¡oh sorpresa! después que se había acabado la comida, y en presencia de los curiosos que habían asistido al banquete, entró un criado en la sala con una bandeja donde había... ¿qué dirán mis lectores? ¡un par de botas!

— ¿Qué es eso? preguntó M. Sakoski.

— Ya lo veis, unas botas que necesitan un remiendo, y así como yo en su casa de Vd. no me negué á trabajar en mi oficio, espero que Vd. tampoco se negará en la mía á trabajar un poco en el suyo.

En efecto, en la bandeja venían también con el par de botas, cabos, leznas y demás adinículos propios del oficio.

M. Sakoski y los presentes se echaron á reír, contentándose con exclamar:

— ¡Cosas de artistas!

Lo cierto es que con el ruido que ha hecho esta aventura, el pianista en cuestión se cree libre de convites por mucho tiempo.

Cada día se va notando mayor furor en la secta muy numerosa ya de los que evocan y conversan con los espíritus. París se divierte con esta farsa, sin ejemplo quizás en los anales de las extravagancias humanas. En el día, los prodigios han progresado tanto, que ya las mesas que hablan, cantan y bailan han caído en desuso; ahora tenemos muebles más extraordinarios que se ponen en dirección directa con los muertos, recogen sus ideas y repiten sus palabras. Es verdad que para que se obre ese milagro, es indispensable la intervención de un individuo iniciado en los misterios de la secta; no todas las manos se hallan destinadas á fines tan supremos.

Un escritor ha publicado estos días que hallándose en Londres últimamente, le llevaron á una reunión donde se evocó el espíritu de lord Byron. El espíritu vino como se esperaba, saludó á todos los asistentes, y en particular al escritor francés, que confiesa tenía algunas dudas que solo pudieron vencer una prueba decisiva. La prueba era esta: llevaba en el bolsillo una poesía que acababa de componer, y preguntó á lord Byron si le hacía el favor de traducírsela en versos ingleses. El espíritu respondió que consentía en ello, y en efecto, una vez leída la composición, la tradujo en su idioma exactamente. El engañarse era imposible; toda la concurrencia declaró por unanimidad que nadie en Inglaterra era capaz de improvisar en media hora aquella versificación sublime, imitando con tanta precisión y energía al rival de Shakespeare. ¡Y esto se escribe y se publica!

Pero aun hay más; los periódicos parisienses han hablado ya más de una vez de las alucinaciones que padece un ex-diputado de las cámaras republicanas, M. Victor Hennequin, entregado completamente á la conversación con los espíritus. M. Hennequin raya más alto todavía, pues pretende haber descubierto un mundo nuevo á beneficio de sus revelaciones.

« La opinión del público, escribe este señor con fecha 19 de noviembre, me importa poco, y continuaré impertérrito mis ensayos, hasta que haga entrar la verdad en la cabeza de todos los hombres de buena fe.

» Afirmando y sostengo que el espíritu se manifiesta por las mesas que hablan y los sombreros que piensan, y que estos fenó-

menos, incoherentes y contradictorios muchas veces, tienen por único objeto el dar la autoridad de una comunicación del cielo con la tierra á las lecciones que estoy encargado yo de enseñar al universo.

» Antes que yo, Fourrier había tenido la misión de salvar al mundo; pero no pudo hacerlo, tanto por su culpa como por la ceguera de la gente. Yo debo repetirlo, rectificarle, é introducir la teoría en los hechos. Dios quiere que la tierra entre muy luego en armonía; entonces tendrá cinco lunas, cuyos globos están contruidos ya, y cuya situación indicaré á los astrónomos en mi próximo libro.

» La luna actual desaparecerá de aquí á cien años, en 1953. Yo debo entrar como elemento de alma de astro en uno de los cinco satélites de la tierra, pero no puedo merecer tan alto fin, sino después de que me haya completado por una existencia de 86 años en el mundo superior. — Así pues, moriré dentro de 16 años de muerte repentina, el 12 de junio de 1869.

» Esto es lo que afirmo. ¿Y qué razón se puede invocar para no creerme? ¿Me acusarán de locura? Mi obra titulada *Salvemos el género humano* está ahí para defenderme contra esa acusación, que ya ni se atreven á emplear mis críticos.

» ¿Me presentarán como un hombre de mala fe que ha fingido revelaciones para especular en la venta de un libro? A eso respondo que nadie que me conozca podrá poner en duda mi lealtad y buenas intenciones.

» Se necesita ser muy ciego para negar la realidad de los hechos que afirmo, en un tiempo en que cualquiera puede hacer otro tanto de lo que he hecho yo, en un tiempo en que el señor abate Gay, de cuya honradez é inteligencia respondo, garantiza por medio de su firma las manifestaciones espirituales de las mesas, y por último, cuando el sub-director del interior de la Basse-Terre, colonia de la Guadalupe, acaba de dar á luz, bajo su responsabilidad, la novela *Juanita dictada por una silla*.

» VICTOR HENNEQUIN. »

Como M. Hennequin nos sale al encuentro protestando que no está loco, nos es imposible hacer comentarios sobre esta carta original que contiene tantas lindezas. Sin embargo, si de aquí á diez y seis años tenemos la fortuna de seguir en comunicación semanal con nuestros lectores americanos, el 12 de junio de 1869 no se nos olvidará participarles si la profecía de M. Hennequin relativa á su muerte en ese día se realizó como él lo espera.

Hemos hablado de las evocaciones de los espíritus, pero no hemos dicho el procedimiento que para ello se emplea. He aquí, pues, la operación tal como se ejecutó noches pasadas en una reunión parisiense, á la que no asistimos, y esto va dicho en forma de advertencia.

El operador se coloca delante de una mesa donde se ve una esfera parecida á la de un reloj de torre, con la diferencia de que en vez de los números de las horas, el círculo reproduce una por una las letras del alfabeto. En esta esfera hay una aguja. Al punto que el operador por la omnipotencia de su voluntad magnética se pone en relación con los espíritus, extiende sus manos trémulas y comunica á la mesa el fluido que le anima. El espíritu habla sin que se le oiga, es verdad; pero su misteriosa voz obra sobre la aguja que se pone á dar vueltas y forma las palabras que la dictan, deteniéndose sucesivamente á cada una de las letras que las componen. Las personas que presencian el prodigio se hallan encargadas de transcribir las letras sobre el papel; nada más sencillo, es el procedimiento del telégrafo eléctrico. Pero lo extraordinario, lo sorprendente aquí es que la aguja da vueltas ella sola, y obedece al espíritu que le da el impulso.

Esto excede en maravilloso á todo lo que se ha hecho hasta el día, aun á lo que hicieron en otro tiempo los brujos y las brujas, que por cierto no fué poco, sobre todo cuando el espíritu evocado escribe sobre la esfera alguna de esas cosas sublimes, profundas, nunca oídas, y que el operador no podría inventar por sí mismo.

El poner aquí la lista de los espíritus que se evocaron en la indicada reunión sería larga tarea; baste decir á nuestros lectores que hablaron allí sucesivamente las bellezas que ilustraron los reinados de Luis XIV y Luis XV, que es buena letanía. Al final de la fiesta se trajo también á la tertulia el espíritu de un compositor famoso de principios del siglo, que dictó á la aguja una melodía ejecutada después del piano, y que por todos fué reconocida en el estilo por una nueva pieza del ilustre maestro.

La conclusión de estas escenas de nuevo género que alimentan hoy la curiosidad de los desocupados, es que París quiere divertirse á toda costa, y que ahora, como en todas épocas, no piensa ni repara en los medios que para ello se emplean.

Una noticia: la Francia se ha decidido á abrir los Pirineos al ganado de nuestras dehesas; en Burdeos se ha construido una plaza de toros por una sociedad tauromáquica española, y la primera corrida se ha verificado estos últimos días, pues no ha habido paciencia para esperar á que llegue el verano, que es la época natural de estas diversiones. Los franceses del Mediodía tienen muchos puntos de contacto con nosotros, de modo que nuestro espectáculo nacional ha sido recibido con entusiasmo; veinte mil curiosos se apiñaron á las puertas de la plaza, pero la empresa apenas pudo dar alojamiento á la mitad de esta gente. Los toros estaban en su infancia, ó dicho más claro, eran novillos; pero sin embargo, su tierna juventud no les libertó de la muerte en la arena del combate. Lo particular fué que la concurrencia se interesó por los pobres inocentes, de modo que uno que supo resistir huyendo á la fatal espada, cuando por último cayó cediendo á su destino, las señoras que había en la plaza le enviaron sus ramilletes en prueba del tierno interés que el animalito les había inspirado. La cuadrilla tampoco era famosa; las corridas en regla no se verificarán hasta el verano próximo.

Vamos á terminar nuestra revista de hoy con dos palabras de explicación sobre el dibujo que figura entre las últimas líneas, representando una parada de caza de la corte imperial en el bosque de Fontainebleau. En nuestro número anterior ha-



Parada de caza en el parque de Fontainebleau.

brán empezado á ver nuestros lectores algunos detalles sobre el sitio real de Fontainebleau, cuyo origen data de tiempos muy remotos. Esa bellísima residencia ha sido siempre muy favorecida de los monarcas; en el patio del palacio fué donde el gran capitán del siglo se despidió de sus valientes soldados, con palabras que se han hecho célebres en la historia cuando e retiró á una isla, de la que debía escaparse un año despues

para cubrirse nuevamente con el manto imperial, que perdiera por última vez en los campos de Waterloo.

Los recuerdos de todas las edades que abundan en Fontainebleau, sus brillantes galerías, sus cuadros, sus estatuas compradas á la Italia por Francisco I, ese mosaico de arquitectura de distintas épocas, y sobre todo ese inmenso bosque con sus sitios pintorescos, sus árboles seculares y sus tradiciones

maravillosas, todo eso habla á la imaginacion, al corazon, al pensamiento; y la corte del Emperador actual, embelesada allí con tanto recuerdo histórico, paga un justo tributo de admiracion á lo pasado, resucitando un instante las esplendentes galas de una antigua corte de Francia en sus famosas cacerías por ese bosque.

4 diciembre de 1853.

MARIANO URRABIETA.

### Obras del Louvre.

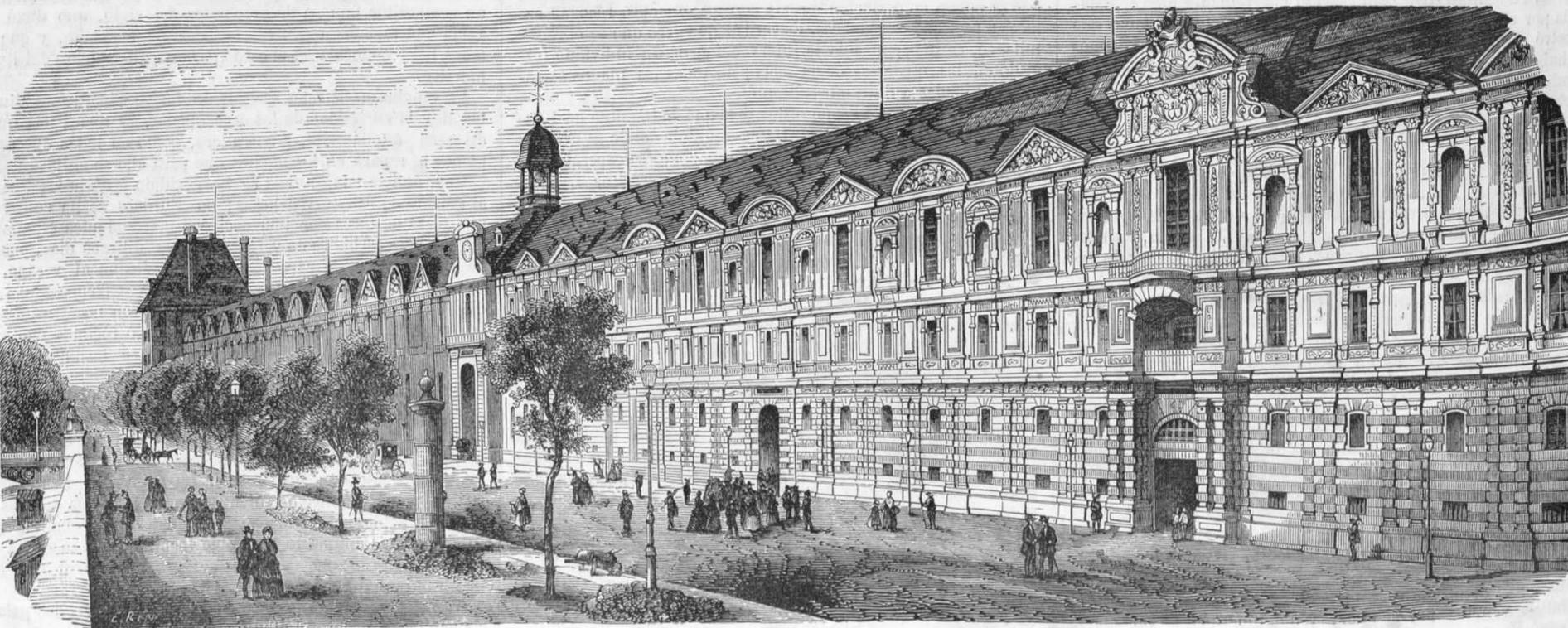
#### DECORACION DE LA FACHADA MERIDIONAL DE LA GRAN GALERIA.

El Louvre, esa obra de tres siglos, ese peso de las monarquías, de las repúblicas y los imperios que se han sucedido en el gobierno de Francia, está para concluirse muy en breve. Ha sido el destino de este palacio, que con su reunion al de las Tuillerías será el mayor de Europa, el caminar al azar, á retazos, saliendo de diferentes puntos del suelo, separados por grandes distancias, por espaciosos edificios, calles y manzanas enteras, y con tales condiciones que no podia ocurrir á ningun

constructor la idea de reunirlos, porque se hubiera juzgado tal proyecto como una quimera, un sueño.

El antiguo Louvre de Felipe Augusto, de siete siglos de fecha, subsistente hoy, ha sido el punto de partida del Louvre actual, creciendo sucesivamente en todas direcciones. En el siglo XIV, Cárlos V intentó trasformar el triste palacio-fortaleza, la terrible prision de Estado, en palacio-residencia, con jardines, árboles frutales y flores, jaulas, viveros y pajareras. Conservábanse no obstante los fosos, y los torreones se destacaban con formas irregulares sobre un cielo azul ó nebuloso de aquel Louvre antiguo, no debía quedar nada fuera de tierra. Pero el espíritu de demolición no era entonces el de nuestra época; las cosas no iban como hoy, al vapor.

Francisco I fué quien hizo construir el palacio moderno en un ángulo de la demolida fortaleza. Previamente habia hecho derribar la torre mayor, destruía el arte de la edad media, y lo sustituía con otro nuevo, el arte del renacimiento. En tal tentativa debia acompañarlo el asentimiento de la nobleza de Francia, que en las guerras de Italia, bajo Cárlos VIII, Luis XII y el mismo Francisco I, habia conocido los monumentos magníficos de ese país, construidos con un gusto mas puro, inspirado por el estudio renovado de la antigüedad. Deslumbrada con tan súbitos esplendores, se desarrolló en ella una aficion viva á las elegantes novedades que contrastaban con el arte gótico, dominante todavía en Francia, aunque ya en declinacion por el



Vista perspectiva de la grande galeria del Louvre de la parte del muelle.

abuso que de él se había hecho con exageradas ornamentaciones.

Introdujose pues el arte clásico en un extremo de la gótica fortaleza. Pero un francés, y no un italiano, hizo este atrevido ensayo; Pedro Lescot, cuya obra, ahogada con las adiciones posteriores, subsiste en el ángulo formado por las alas meridional y occidental del patio del Louvre.

No es nuestro ánimo hacer la historia de todas sus peripecias. Nos limitaremos á hablar de la extensa galería que une por el lado del Sena el Louvre con las Tullerías.

Enrique II había continuado las obras de Francisco I, el pabellon de las Siete Chimeneas: las dos alas del Mediodía y del Occidente, que no debían tener mas que la

que quería establecer su sala de antigüedades. Pero de repente, despues de haberlos conducido á este punto, su capricho femenino renunció á estas construcciones, y se dirigió fuera, á medio de los campos, fuera de murallas, en un paraje que tenía ya casas de recreo de Francisco I, que hizo derribar, encargando á Delorme y Bullant que le construyese un palacio. Este palacio era el de las Tullerías. Activó ella los trabajos, hasta que disgustada ó distraída por otro motivo, llevó su atención á otra parte de la ciudad, al palacio de Soissons, donde encontró por fin habitación estable.

El palacio de las Tullerías, según el proyecto de Delorme, debía formar un cuadrángulo; pero entónces no presentaba mas que uno de los lados del paralelogramo que nunca debía cerrarse. Por la parte del Louvre ha-

bia también un principio de galería en obra. De este modo, Catalina había comenzado las extremidades, cuya union debía costar tantos millones despues, extendiéndose estos gastos á nuestros días.

Veamos ahora la sucesion de estos trabajos.

Por desgracia, es preciso limitarse á conjeturas acerca de quien ha levantado esta larga galería que ha decorado M. Duban con tanto gusto como inteligencia. Si se tratara de una cuestion de atribucion no sería sensible este vacío, pero hay singularidades en la construcción que serían dignas de conocerse. Al Oeste del pabellon que forma la puerta de la galería edificada por Catalina de Médicis, y que se abre por la ventana conocida bajo el nombre de ventana de Carlos IX, se ve un lienzo con cinco ventanas, reproducido al Este con el pabellon Lesdiguières; estas dos construcciones son como las alas de la parte rica y ornamentada que se extiende entre ellas, y en la que se ven las pilastras y las columnas que caracterizan el estilo de Filiberto Delorme.

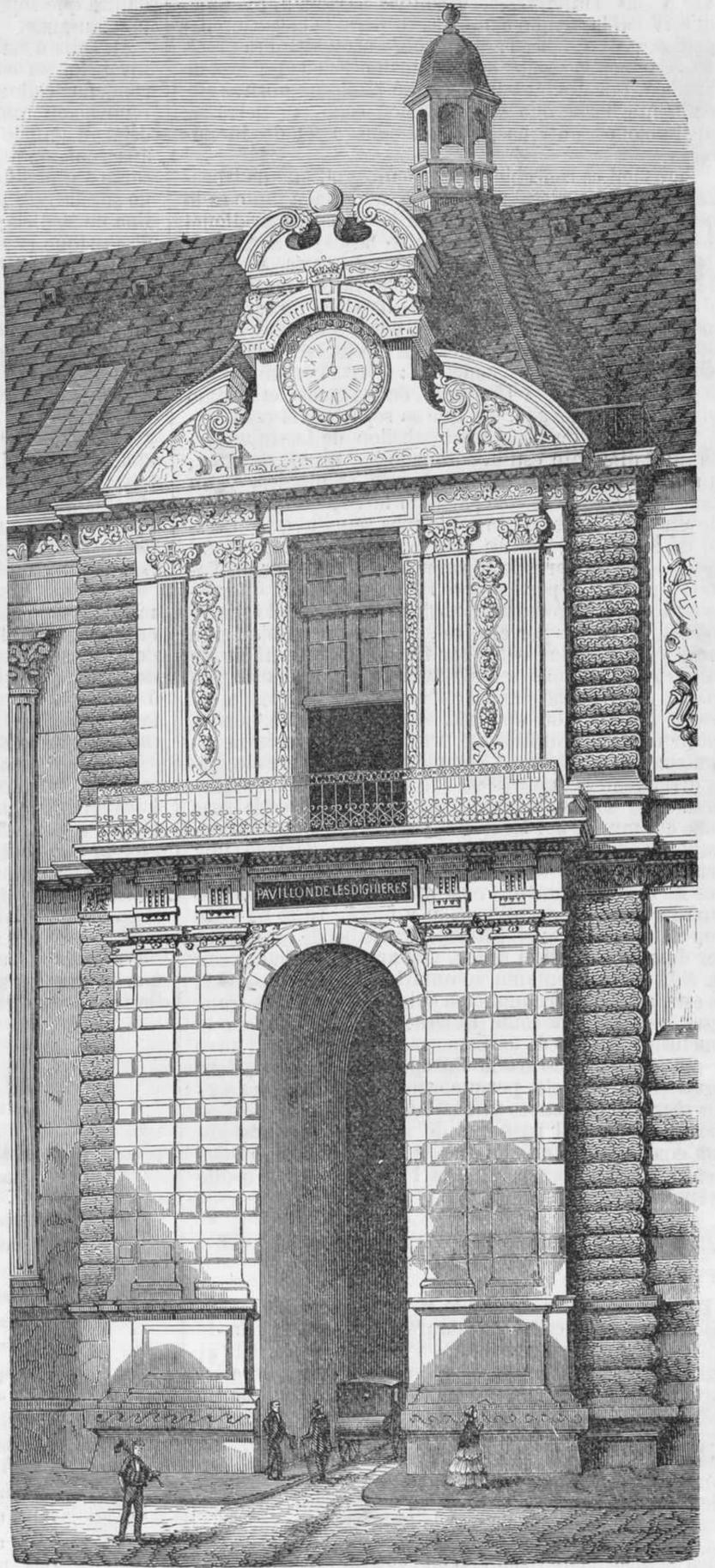
En esta última se encuentran multiplicadas las singularidades. En primer lugar esta parte está fundada dos metros mas baja que la otra. En segundo, mientras que la gran galería descansa en un simple piso bajo, aquí se apoya en uno intermedio, ó *mezzanino*, que participa de los dos órdenes. M. Vitet en su interesante estudio sobre el Louvre, hace notar otras anomalías, y saca la consecuencia de que no solo

de Flora fué proyectado demasiado saliente, y por la plaza del Carrousel, el encuentro de ambos edificios, bajo un ángulo agudo, hizo mas notable la irregularidad, causada por la falta de paralelismo, de las dos fachadas del frente de Tullerías y el Louvre.

Absueltos están los arquitectos que produjeron estas irregularidades, pero no lo serán nunca por el abigarramiento que introdujeron en esta fachada de mas de 450 metros de longitud, que corre desde Tullerías hasta la galería de Catalina de Médicis. «Ducerceau, dice M. Vitet, cometió esta especie de sacrilegio. En vez de acomodarse al estilo de sus predecesores, se separó de él bruscamente, introduciendo torpemente una de las licencias del siglo XVI italiano, el órden llamado *colossal*, que desde la nave de San Pedro se ha extendido



Pabellon de la Biblioteca.



Pabellon de Lesdiguières.

mitad la su longitud que han adquirido despues, estaban casi terminadas á su muerte.

Pero el Louvre iba á atravesar un período de abandono y reposo despues de la actividad de su historia. Catalina de Médicis, cuyos caprichos en arquitectura debían dar origen al magnífico conjunto que está á punto de realizarse, apartó su atención del Louvre ya concluido, á pesar de las discordancias que eran muy propias para desagradarla.

Catalina de Médicis mandó pues construir otra ala que arrancaba del ángulo Sudoeste del Louvre de Pedro Lescot, perpendicular al Sena. Era simplemente un piso bajo con una terraza en lugar de tejado, terraza que cubre hoy la galería de Apolo.

Catalina dió también principio á esa larga galería en

existía ya el piso bajo cuando Enrique IV concibió el proyecto de unir el Louvre con las Tullerías, por medio de una galería, sino que tal vez dió él la idea. Las veinte y una arcadas que forman el pórtico por el lado Norte, y las diez ventanas de las dos alas formaban la mitad del curso total de la galería, que iba á levantarse, y que estaba ya bastante avanzada para imponer á los arquitectos de Enrique IV la necesidad de tomar allí su punto de partida para la nueva galería. Y con este objeto de union se decidieron probablemente á adoptar el expediente del piso intermedio entre los dos órdenes. La consecuencia de la alineacion provino también de la necesidad de utilizar las obras preexistentes. Para ir á buscar la galería, el palacio de Tullerías debió extenderse desmedidamente por la parte del rio; el pabellon

por el mundo, y pervertido la sana arquitectura.»

Toda la parte de la galería, hecha según estos dibujos, presenta una serie de pilastras enormes apareadas, que ocupan el piso bajo y el primero, con una pesada arquitrave que debilita las ventanas del primer piso, coronado todo por una porcion de frontones juxtapuestos, decoracion intempestiva y monotona que ha invadido el patio del Carrousel, y que no podía justificarse por construcciones antiguas análogas, aunque reducidas.

Despues de esta union, Duberceau ha separado brutalemente las dos fachadas en dos partes diformes. «Las dos arquitecturas son tan heterogéneas, que al verlas allí reunidas, se puede creer que este palacio tiene dos clases de habitantes, de raza y estatura diferente; que

una parte ha sido edificada para hombres, la otra para gigantes.»

Sea como quiera, si Catalina había puesto los mojoneros del vasto conjunto en que ella no pensaba, Enrique IV había reunido los dos palacios por el lado del Sena. Pero su pensamiento no iba más allá. Solo había visto en la galería del Louvre, por el interior de París, que atravesaba una de las puertas para salir al campo, « un medio de estar dentro y fuera de la ciudad, según le acomodase, dice Sanval, sin verse encerrado en muros en que el honor y la vida de Enrique III habían casi dependido del capricho de un populacho frenético é irritado » La galería del Louvre, hoy la vía triunfal del arte, no era al principio más que un camino estratégico para usos regios, precaución contra su buena pero siempre un poco turbulenta ciudad de París.

La idea de una galería paralela para cerrar el Louvre y las Tullerías, se atribuye a Bernin. Si Enrique IV había tenido campo libre para la ejecución del primer proyecto, esta era una obra atrevida; era preciso pasar por las espléndidas mansiones de la nobleza de Francia. Por eso las trincheras no pudieron abrirse eficazmente hasta que la revolución echó por tierra las instituciones antiguas, y con ellas á la de la nobleza.

Pero fácil es concebir los obstáculos con que ha tropezado obra tan colosal; lo que no se concibe tanto es lo que se ha tardado á ornamentar la fachada meridional de la gran galería que forma, á lo largo del Sena, una de las decoraciones más espléndidas de París. El cincel del escultor ha animado ahora esta vasta superficie, y el ojo, encantado por ingeniosos detalles, no es herido más que por la falta de unidad, por los defectos de un abigarramiento irreparable. Con efecto, partiendo del pabellón de Flora, se encuentra: — 1.º el orden colosal de Ducerceau con 14 frontones, de los cuales el décimo más ancho y elevado, sin que se sepa hoy la causa. — 2.º Este orden termina en el pabellón de Lesdiguières, de muy diferente estilo, coronado por un ojo de buey, un frontón partido, recientemente esculpidos, y un campanillo. — 3.º A este pabellón le sucede un edificio de cinco ventanas, de un estilo más sencillo que el resto de la galería, con un solo piso, como el de Ducerceau. — 4.º La parte de la galería empezada por los Valois, y concluida por Enrique IV, con dos pisos, diferente en todo del precedente edificio, tanto por el estilo y los detalles como por el nivel, que no se combina sino en el piso superior. — 5.º Por fin, viene un edificio de otras cinco ventanas, semejante al 3.º, pero con otro piso más, y abrumando con su enorme masa y altura el estrecho pabellón de una sola ventana, al que viene á morir toda esta multiforme línea. Esta inarmónica arquitectura es la historia completa del Louvre. Solo que la diversidad disminuye su efecto por la vasta extensión. Esta superficie continua, que guarnece lo más bello del muelle del Mediodía, resalta mucho, y los extranjeros deben descubrir en esta singularidad una prueba más de la volubilidad francesa, y admirarse de que en este monumento magnífico no hayamos sabido guardar un poco de alineación y fijeza. Ya se ha visto que el azar ha sido el principal culpable de esto; pero por desgracia no es el único, y el arquitecto Ducerceau ha sido el representante voluntario de la inconstancia de esta nación. Pero una cosa debe consolar á los franceses, y es que sea como quiera, ellos llevan á cabo la conclusión de uno de los más grandes edificios, si no es el mayor, que poseerá la Europa. Y decimos que debe servirles de consuelo, porque esto revela uno de los signos más característicos y más laudables que puede poseer un pueblo, al paso que de los más útiles, esa afición constante al trabajo, que es á no dudarlo, el elemento que hace prosperar á la Francia, aun en medio de sus convulsiones.

#### ÚLTIMOS TRABAJOS DE LA GALERÍA QUE DA FRENTE AL SENÁ.

Después de haber concluido M. Duban el difícil trabajo de reconstrucción y restauración de la galería de Apolo, ha dirigido sus estudios á la galería paralela al Sena. De dos clases eran estos estudios; antes de ocuparse como arquitecto, era preciso hacerlo como anticuario. Ya se ha visto que solo se tenían noticias dudosas acerca de la época en que se construyó la parte principal de esta galería, pero todas están acordadas en atribuir la decoración de ella á Enrique IV. Un descubrimiento de M. Clarac parecía haber confirmado los datos sacados de los historiadores y de los emblemas mezclados con la decoración comenzada; sobre las H coronadas había observado en medio de adornos de madera esculpida, una serie de IIII, indicando el número cuatro. Pero, no obstante, había visto mal. M. Duban percibió que estas cuatro piernas eran restos mutilados de una H central y de otras dos colocadas de escuadra en el ángulo de la talla, de modo que solo aparecía una sola pierna en cada extremo. M. Duban descubrió, lo cual es más importante, las letras G, ocultas entre follajes y flores. Esta alusión delicada conviene por otra parte muy poco con la publicidad que el rey daba á sus amores, publicidad de que da muestras inconcebibles el periódico la *Estoile*. Un cincel menos misterioso había esculpido juntas las dos cifras de un modo visible.

«En este género de escultura, dice M. Vitet, Enrique IV había dado un paso más que Enrique II, porque esto á lo menos se sabía por un equívoco; dos CC colocadas de espaldas en el interior de una H toman, soldándose con las dos piernas, el aspecto de dos D puestas al revés; las iniciales de Catalina ocultaban las de Diana.

Además de las H, las C, las D, las G, el Louvre tiene las M de María de Médicis, y las L de los Borbones; ahora se ponen las N en la fachada del Norte.»

Toda la fachada entre el pabellón de Lesdiguières y el de Catalina de Médicis, desnudo y estropeado poco hace, ha sido ricamente adornado por M. Duban. Algunas partes inferiores solo exigían una sencilla restauración, pero desde el friso toda la ornamentación debía hacerse de nuevo en el piso principal. Los frontones los ha decorado de su invención, así como también las grandes faces de los intercolumnios, enriqueciéndolos con una multitud de atributos sacados de la caza, la pesca, la guerra, las ciencias y las artes. En el centro de la galería sobre la puerta monumental de la biblioteca del Louvre ha apurado todos los recursos y el lujo de la ornamentación. Las finas cinceladuras de las columnas lo invitaban á desplegar la riqueza y la abundancia que soportaba el balcón elíptico que soportan estas columnas.

M. Duban ha dado pruebas de talento, tacto, gusto é invención en este trabajo, que algunos desaprovechan por condenar con un exclusivismo sistemático toda clase de renovación monumental, pretendiendo que vale más dejar el edificio sin concluir antes que exponerse á un anacronismo artístico. Estas leyes severas podrían aplicarse á un edificio puro y de un solo estilo; pero aquí no sucede eso. Enrique IV esculpe las fachadas de Catalina de Médicis; Luis XIV pone su sol en los frontones de Enrique IV; ¿porqué no concluiría el siglo XIX con sus conocimientos arqueológicos la obra comenzada en el XVI?

Una observación final. Algunas esculturas ejecutadas según los dibujos de M. Duban no tienen todo el relieve que recibirán del tiempo, que las ennegrecerá y pondrá en armonía con el conjunto.

Para completar esta decoración habría dos cosas que hacer todavía; 1º instituir con ventanas esculpidas según el estilo de la época, las que existen con molduras aplastadas y pintadas de color oscuro; 2º animar la triste desnudez del prolongado techo aparente con un sistema general de ornamentación que permitiera disimular la vulgaridad de las aberturas, que recuerdan los rústicos cierres de vidrio que se ven en construcciones de muy mal gusto.

Actualmente se ocupan en cerrar por detrás, con obras macizas, la puerta de la biblioteca del Louvre, cuya entrada sobre el Sena tiene el aspecto de una entrada de bodega. Nosotros creíamos que esta puerta estaba destinada á servir de salida al *quai* por el pasaje abierto á través de las nuevas construcciones en el eje del *Palais-Royal para transeuntes á pié, y los carruajes*. ¿Habríamos comprendido mal la conclusión del Louvre?

Sea como quiera, nosotros creemos que en una época de caminos de hierro como la actual, se deben evitar á los pueblos activos vías oblicuas, cuando pueden ofrecerse rectas. El pasaje á través del *Palais-Royal*, viniendo del jardín, está hoy interceptado, y esto obliga á la muchedumbre á desfilar por los angostos desfiladeros de izquierda y derecha. Al salir de estos desfiladeros, si el pasaje del Louvre, abierto en frente del *Palais-Royal*, en vez de llegar solo á la plaza del *Carrousel*, se extendiera hasta el *quai*, el público gozaría de esa ventaja, que estorba quizá la necesidad de establecer las cabañerías de la corte sobre esta vía.

#### LAS NAVES Á PIQUE.

Escúchame por tu vida,  
Valeroso castellano;  
Así Dios con bien te vuelva  
Venturoso al suelo patrio,  
Donde tus ojos admiren  
Tus fecundísimos campos,  
Las paredes de tu aldea  
Y su altivo campario.  
Escucha, y el cielo quiera  
Que tornes pronto á los brazos  
De los que niño en la cuna  
Tu puro sueño arrullaron.  
¿Qué nuevas traes de la guerra?  
¿Qué nuevas traes de los brabos  
Que allende los mares lidian  
Nuevo mundo conquistando?  
¿Qué dices de aquel caudillo  
Tan valiente como ingrato  
Que por amor de la guerra  
Mis amores ha dejado?  
¿Vive?... ¿Le adora su gente?  
¿Le respetan sus contrarios?  
¿Conserva en su noble pecho  
La banda que le he bordado?  
¿Sabes si de mí se acuerda?...  
¿Si viera cuánto le amo,  
Si viera cuánto le lloro  
Pronto volviera á mi lado!  
Dime, y perdona si necia  
Te estoy enojo causando;  
¿Has velado tú su sueño?

¿Le has estrechado la mano?  
¿Le has sujetado el estribo  
Para subir al caballo?...  
¿Has sentido algunas veces  
Deslizarse por sus labios  
El nombre de Catalina,  
O ya no me nombre acaso?...  
¡Oh!... si algo sabes contesta,  
Contesta, joven bizarro,  
Y así te espere tu dama  
Con el amor que yo aguardo.  
— Por Cristo, noble señora  
Que me aflige vuestro llanto,  
Pues por su abundancia dice  
Del alma que está manando.  
Ese caudillo valiente  
Que es de los indios espanto,  
Cerró el camino á su patria  
Echando á pique sus barcos.  
— Dios mío, no, no, te engañas,  
Dime que te han engañado.  
— Pluguiera el cielo, señora,  
Mas yo lo estuve mirando.  
— ¿Tú lo viste?... Madre mía;  
¿Y yo que le amaba tanto!...  
— Se amotinaron los suyos  
En pro del Adelantado,  
Y quitóles la esperanza  
Quemando velas y palos.  
— Dime cómo fué y no tiembles,  
Que aunque ves mi rostro pálido,  
Aun tengo sangre en las venas  
Y valor para escucharlo.  
— Pues oid. Era de noche  
Y en medio de un cielo claro,  
Amarillenta la luna  
Se columpiaba brillando.  
Todo en silencio yacía,  
Todo estaba solitario,  
Y de la playa serena  
En el tranquilo regazo,  
Blandamente se mecía  
Toda la flota de Hernando.  
Y en tanto los capitanes  
Se entregaban al descanso,  
Porque siempre el sueño ha sido  
De los crimenes amparo,  
Como sombras fugitivas,  
Como espectros funerarios,  
A las cubiertas subieron  
Los fieros amotinados  
Con antorchas encendidas  
Y las dagas en las manos.  
En medio de ellos andaba  
Juan Diaz el licenciado  
Despertando á los dormidos  
Y la discordia atizando,  
Diciendo: « Viva Velazquez,  
Torced el rumbo á Santiago. »  
A tales voces sacuden  
Ligero el sueño los cabos  
Y acorren á las cubiertas  
De piés á cabeza armados,  
Con las celadas corridas  
Por cubrir el sobresalto.  
Al ver airada la chusma  
Con criminal aparato,  
De prudencia revestidos  
A los ruegos apelarón,  
Porque á veces las razones  
Cambian del todo los ánimos.  
Promesas, súplicas, ruegos,  
Amenazas, todo es vano,  
Que la atormenta arreciaba  
Causando tales estragos,  
Que ya andaba la licencia  
Respetos atropellando.  
De pronto en medio de todos  
Alza su gigante brazo  
I valeroso caudillo  
Con brio tan soberano,  
Que al silbido de su espada  
Que bajo el viento cortando,  
Rauda como la centella,  
Destructor como el rayo,  
La cabeza de un rebelde  
Fué por las tablas rodando.  
No en el revuelto diciembre  
Brama con tal furia el ábrego,  
Como su acento terrible  
Retumbó por el espacio.  
— « Fuera esas armas, traidores,  
Sus, de rodillas, villanos,  
O ancha tumba es para todos  
El mar en que nos hallamos. »

Dijo: y con un pistoleta  
Puesto el cañon hácia abajo,  
A santa Bárbara apunta,  
Y altivo esperó el amago.  
Así como con un dedo  
Calma Dios el Oceano  
Que osadamente subia  
Al cielo en ondas hinchado,  
Y luego manso se arrulla  
A sus piés como un esclavo,  
Así Hernán calmó la furia  
De sus rebeldes soldados  
Que de miedo confundidos  
A sus plantas se arrojaron.  
— ¡Perdon!...

¡Hola!.. ¡Al fin vencidos  
Estais á mis piés temblando!..  
¡Aquí de mis capitanes!  
Valiente Lugo Alvarado,  
Cortad el cuello á los jefes  
Que han promovido este caso,  
Que es justo que con la vida  
Paguén delito tamaño.  
Y á ese fraile que atrevido  
La traicion ha predicado,  
Atadlo á una lancha presto,  
Y en medio del mar dejadlo,  
Que ya cuidarán las ondas  
De conducirlo á Santiago.  
Ora vosotros, traidores,  
A la playa desarmados  
Que para siempre de España  
Voy á cerraros el paso.  
Y recogiendo las picas,  
Arcabuces y venablos,  
Libres los dejó en la playa  
Tristemente castigados.  
A poco de este suceso  
Torrentes de luz brotaron,  
Y en las llamas se envolvieron  
De las naves los pedazos.  
Yo temeroso, señora,  
Cogí una lancha, y al cabo  
De mil penas y fatigas  
Aquí llego por milagro.»

Calló el mozo y Catalina  
Sin cuidarse del recato,  
Partiendo el aire en suspiros  
Tornó la espalda llorando.

ANTONIO HURTADO.

### El Calesin.

Hay que convenir en que de algunos años á esta parte se han verificado cambios sensibles en nuestras costumbres, y que de día en día nos vamos modificando hasta el punto de que nos falta muy poco para sufrir una transformación completa. Puede decirse que, no solo nuestros abuelos, pero ni aun nuestros padres, conocen el país que les sirvió de cuna. Hemos variado en nuestros hábitos, en el lenguaje, en el modo de vestir, en nuestras necesidades, en nuestras conveniencias, en todo y por todo, hasta en la manera de andar, por mas que esto parezca exagerado. Pero las conveniencias sociales que ha tenido que producir necesariamente semejante variación, por mas que, en nuestro pobre juicio, sean de trascendencia suma para el porvenir moral y político de la España, y como por otra parte no queremos ocuparnos en representar el papel de nuevos Jeremías, llorando los estravíos de un pueblo al que, sea original, sea traducido, siempre nos gloriaremos de pertenecer, permitásenos que prescindamos de meternos en honduras, y que agitándonos en la superficie de la manera que nos sea dable, nos limitemos únicamente á consignar un hecho, y á lamentarlo á fuere de españoles rancios y castizos.

El hecho á que hacemos referencia es simplemente la desaparición del traqueteador, abigarrado y por siempre inolvidable calesin.

¡Ay! este vehiculo monumental, blanco en tiempos mas felices del apetito desordenado de bureo que animaba á nuestras difuntas MANOLAS ha desaparecido de las calles y plazas públicas, sin que haya habido un orador lumunario que dedique unas cuantas lágrimas á su memoria, y eso que vivimos en un tiempo en que las oraciones fúnebres andan de valde, y en que apenas hay *quidam* á quien no se dirijan de su muerte tres ó cuatro *puffs* lamentables, encaminados á ensalzar las virtudes que el difunto tenia sin saberlo.

Y sin embargo, ¿qué historia podrá ser mas interesante que la historia de un *calesin*? — Casi equivaldría á una epopeya entera. — Podrían contarse sus días felices, celebrar los esfuerzos que ha hecho por conservar su vida, y terminar la obra, llorando á lágrima viva

su muerte. Porque es de advertir que los *calesines* no han sucumbido de golpe, sino que han luchado animosamente por largo tiempo contra la ingratitude de una época que ha ido arrinconándolos, contra el desden de una poblacion entera á la cual habian deparado tantos y tan estrepitosos goces.

No hay para que recordar el papel importantísimo que el *calesin* ha representado en los días de toros, en las giras campestres, y en nuestras fiestas populares: ¡con sus vuelcos, sus vaivenes y las aventuras que se han cobijado bajo sus capotas, habria para escribir un libro!... Pero á pesar de todo ha caducado, sin que la humanidad madrileña acierte á comprender como ha sucedido esa catástrofe.

El calesin, carruaje de cuyo principio nadie sabrá decirnos cosa de provecho, no debiera haber tenido fin tampoco. ¿Quién podria efectivamente vanagloriarse de haber visto un calesin nuevo? Si en la actualidad existiesen, no serian ni mas viejos, ni mas sucios, ni mas feos, ni mas desvencijados que en la época de su mayor esplendor. — El calesero blasfemaria como blasfemaban sus compañeros del antiguo régimen, y el caballo continuaria siendo tan maulon y tan rebelde como lo fueron sus antecesores.

Con todo y con ello, sentimos en Dios y en nuestra ánima que hayan dejado de existir esta clase de vehiculos, porque á pesar de su decrepitud, eran eternamente jóvenes, vistosos y triunfantes. La simple vista de alguno que otro, que de Pascua á San Juan suele salir por esas calles vergonzosamente, evoca para nosotros un mundo de recuerdos. — Con el calesin se han perdido una porcion de hijos que eran españoles hasta la médula de los huesos, y los cuales no carecian de gracia, por mas que diesen hasta que hacer á la justicia. El calesin, en una palabra, nos trae á la memoria el Madrid de 1808, el Madrid anterior á las farolas de gas y á los alquilones de seis reales por hora; el Madrid finalmente que conociamos ántes de la invasion de los ferro-carriles, ántes de lo que se llama el progreso de la civilizacion, y semejante recuerdo no puede ménos de sernos grato.

Aquel Madrid valia por lo ménos tanto como el Madrid de hoy día. ¿Qué se habrá hecho del público que en los domingos y fiestas de primera clase se lanzaba á las afueras de la capital, mas ufano en sus calesines que los patricios de Roma en sus dorados carros? ¿Será ese mismo público que desde a en Recoletos la jota y las boleras nacionales por la galop y polka-mazourka? — ¡Ay! no: las entonadas maritornes que al presente encubren sus manos con guantes varoniles, y sus robustos piés con vestidos que van haciendo las veces de escobas, no equivalen á las hermosuras que con mantilla de franja de terciopelo de á terciá, y con aire recio y gesto crudo, iban perdonando las vidas y haciendo estragos en las almas y en los bolsillos de los horteras mas insensibles. — ¡Pobres *manolas*! ¿Cuál será el hombre de gusto que no eche de ménos aquellos delicados talles, aquellos piés minúsculos, aquellas medias tan resbaladizas, aquellas galgas cuyas cruces servian de tanto provecho al diablo, y aquel aire, en fin, con honores de huracan? — ¡Qué buen efecto producian sus españolas caras entre aquellos impenetrables rizos de cabellos propios bajo aquella mantilla manejada con desembarazo inimitable, y en medio del calesin que las servia de marco!... ¡Qué fiereza habia en aquellas negras miradas, qué brio y qué empuje en todos sus movimientos! — Jamás la pobreza hizo palidecer su inalterable alegría, ni su arrogancia cedió ante Rey ni Roque!

Pero ya no existen, ni los calesines tampoco. Ignórase si faltaron ellas, porque fallaron ellas ó *vice versa*; la verdad es que el calesin era á la manola lo que el zapato al pié, y que su existencia simultánea era imprescindible. — Faltando las manolas, tenia que faltar necesariamente ese vehiculo, en el cual no escasearían bien las costureras y no costureras traducidas, que han reemplazado *in partibus* á aquel tipo original y tan airoso, y así ha sucedido en efecto. — Si este reemplazo es ó no conveniente bajo el punto de vista de la civilizacion y de la moralidad, eso es lo que nosotros no sabremos decir; pero es lo cierto que la relajacion de nuestras costumbres camina en posta, segun creen los inteligentes, y siendo esto así, es de lamentar que, tipo por tipo, haya prevalecido el que es cosmopolita sobre el que era eminentemente nacional, teniendo este por añadidura la ventaja de armonizar con el carácter español, la de ser mas adecuado á nuestro clima, y la de hallarse, en fin, asociado á una parte de nuestra historia y de nuestras tradiciones; de nuestras glorias y de nuestros desastres, de nuestras mañas y nuestras costumbres.

Sin manolas y sin calesines, el país de los garbanzos tiene bien pocas cosas extraordinarias que ofrecer á los extranjeros que le visiten, puesto que estos, en su mayor parte, prescinden al recorrerlo de la riqueza de nuestros monumentos, y viajan por España como maletas, ó como pudieran viajar por las regiones de la luna ó por los espacios imaginarios.

Pero así y todo, hay quien cree que aquel cargamento y aquellos vehiculos deponian contra los progresos de nuestra civilizacion, y los que tal piensan se regocijan al ver obstruidas las calles y plazas de Madrid con centenares de coches de invencion moderna, aunque tan desvencijados ó mas que los antiguos, sin tener en cuenta que, á causa de la pérdida de las manolas y de los calesines, nuestra estragada é insípida juventud tropieza en el día en lugar de aquellas francas compañeras de viaje tan modestas en sus pretensiones,

con ciertas damas de medio carácter cuyo apetito no se sacia con los patrimonios mas pingües, y las cuales secan el bolsillo y el corazon, ántes de que sus víctimas se aperciban de ello.

Véase, pues, como la desaparición del calesin ha influido notablemente en nuestras costumbres, ¡y cuánta razon tendrían los hombres de algun peso en deplorar su pérdida!...

Por nuestra parte, confesamos ingenuamente que no pudimos contemplar con ojos enjutos uno que rodaba días pasados por la calle de Alcalá, que debía ser el último de los calesines, y el cual desaparecerá probablemente á la muerte de su propietario, si su propietario muere, cosa que nos es lícito dudar, porque desde que le conocimos no ha sufrido ni en su traje, ni en su *coram vobis* modificación alguna.

El calesin de que hablamos era un calesin de los mas antiguos, con su capota de cuero negro adornada prodigamente de tachuelas amarillas con su caja amarilla tambien en el fondo y enriquecida con las efigies de un bolero y una bolera en actitud de baile, y con sus ruedas endeblés en cuyos rayos brillaban aun algunos destellos del indicado color, que habian resistido á las injurias del tiempo. El interior del calesin estaba forrado de damasco amarillo, de tafilete verde y bayeta encarnada, y guarnecido con flecos de catorce ó quince colores. — El pegaso que tiraba de él, si no tenia alas, era por lo ménos algo mas fornido que los esqueletos de los carruajes de invencion moderna, y su conductor, cuya cabeza ha encanecido á fuerza de meses y de tragos, y en cuyo rostro se ven algunas honrosas cicatrices abiertas á punta de navaja, era un vejete seco y apergaminado, con voz aguardentosa, y provisto de su correspondiente sombrero gacho de inaveriguable materia, de un marsellés de cuatro ó cinco colores, y de una fusta de Fresno artísticamente cincelada por el poseedor en sus ratos de ocio.

De buen grado trazariamos aquí sus *memorias*, al presente que se halla tan en boga este género de literatura, si el bueno del calesero hubiera podido tomar algunos apuntes acerca de su vida y milagros; pero á fuer de hombre fiel á su alcurnia, no habia querido degenerar de sus ascendientes, entre los cuales no ha habido ejemplo de que ninguno supiera escribir, y por esta razon nos vemos privados de una serie de aventuras, que de seguro serian sobrado interesantes.

El pobre calesero, atendido el desprestigio en que ha caido su máquina, debe ganar con harto trabajo su pan y la cebada de su bestia. Si realmente existe, si no es un espectro, consérvete Dios la vida largos años, y cuando la parca tenga á bien meterle la tijera, plegue á la suerte que haya un corazon bastante artista que compre el calesin y lo ofrezca á cualquier museo, á fin de que perpetúe en él la memoria de una época de la cual apenas quedan vestigios palpables, y el recuerdo de una juventud de rompe y rasga, que ya no existe.

ESTEBAN GARRIDO.

### Los habitantes de la India.

(Artículo segundo.)

Otra vez hablaremos aquí de los faquires, despues de haber hablado en el artículo anterior, porque exteriormente no hay semejanza entre unos y otros. El príncipe Solykoff encontró los que damos aquí en Ratlam, en el Radjestan, sin saber á que clase ni á que parte de la India pertenecian, y creyó que pasaban por allí viajando. Su vestido era de algodón amarillo, así como el tocado cuyas placas eran de cobre y cóncavas; el plumero era negro, el chal blanco, y las cuentas del rosario negras.

El segundo grabado no contiene indios; pero es de advertir que los príncipes de la India llevan á su servicio árabes y negros, que son buenos soldados en cuanto al valor; pero su disciplina no es muy grande. Los árabes de Nyzam se distinguen entre todos por esa inclinación á la independencia. Los dos individuos cuyo retrato damos aquí, se hallaban al servicio del *Guickwar*, ó rey de Baroda.

A fines de su primer viaje y cuando iba á volverse á Europa, fué cuando el príncipe de Solykoff se encontró con los dos señores indios que se ven en medio de la siguiente página: dejaremos contar al príncipe las circunstancias de este encuentro:

«Era en 1843, el primer día del mes de febrero; despues de haber bogado un mes en una barca sobre el Indus para venir de Firuzpore, habia llegado á una de las embocaduras de aquel rio, en el sitio mas desolado de la tierra, el Gara-Bari. Apenas se habia puesto el sol, y los cenicientos resplandores del crepúsculo dejaban ver un asqueroso pantano sembrado de cadáveres de tiburones y de cocodrilos cuyas exhalaciones corrompian el aire. Acurrucados al borde del agua inmundada, cerca de sus guaridas de fango, unos miserables pescadores se comían la horrible carne de los animales cuyos restos veía. Entre ellos se hallaba un africano, porque no es raro hallar algunos negros trasplantados en esa parte de la India.

»Mientras contemplaba esta escena, ví pasar tres señores indios que me miraban con aire siniestro; llevaban en la cabeza unos sombreros muy raros, como creo



Faquires del Radjestan.

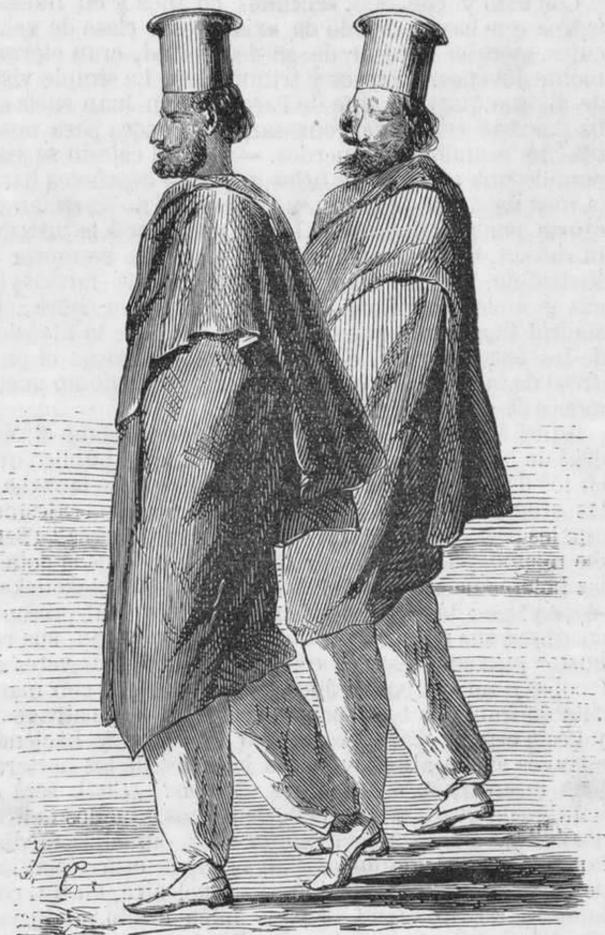
haberlos visto en los bajos-relieves de Persépolis. Pero los de estos señores eran de una materia moderna que contrastaba con la antigüedad de su forma; eran de carton.

» Sus siniestras fisonomías me hubieran chocado mas si hubiera sabido entónces que corria los mayores peligros. Algunos dias despues estalló la guerra en el país contra los ingleses, y cayeron á mano armada sobre los europeos. Un inglés que vivia con su señora en aquella horrible soledad, ejerciendo la industria de proporcionar embarcaciones de vela á los viajeros que bajan por el Indus, fué hecho pedazos con su familia, y lo mismo le sucedió á un oficial inglés herido que se hallaba en ese rio inhospitalario, dirigiéndose hácia Bombay para volver á Europa.»

Bajando de Firuzpore, á la embocadura del Indus, no hemos seguido el itinerario del viajero sino el órden adoptado por el dibujante de nuestro periódico. Ahora vamos á subir con él al Noroeste en busca de tipos diferentes, bajo un clima distinto.

Dignos de compasion serian los ingleses en esa India abrasadora, si no tuvieran cerca alguna montaña para refugiarse en ella miéntras duran los grandes calores. En todos los puntos donde les ha sido posible han establecido estaciones sanitarias, que son para ellos verdaderos sitios de recreo. En Ceilan tienen, Niura-Elia; en la presidencia de Madras, Utacamande en las Nil-Gueries; en las de Bombay, Mahablechoir en las Ghates; y en la presidencia de Bengala, Simla, Misuri, Almora, Sabatu, etc. en el Himalaya.

La notable diferencia que generalmente existe entre los habitantes de las llanuras y los de las montañas, quizás no es tan sensible en otros sitios como en la India á la falda y en la cúspide del Himalaya, contraste tanto mas evidente cuanto mas se va uno acercando á las sierras eternas. Del bronceado oscuro, el cútis pasa gradualmente hasta la blancura europea; la estatura se disminuye, el cuerpo es ménos ligero, flexible y gracioso, y la fisonomía no presenta ya la misma finura. En cambio los *paharis*, ó montañeses del Himalaya, son mas honrados y sinceros; en una palabra, física y moralmente se aproximan mas á los europeos. Esta semejanza no puede explicarse sino por analogía de climas;



Señores indianos.



Soldados negro y arabe.

(pequeñuela), y la de la derecha Ghiru, con el apodo de Bara (la Grande).

La mujer y las dos criaturas de la siguiente lámina eran de Kheri, aldea situada á veintiuna millas de Simla; pertenecian á la casta de los loharis, ó herreros. En cuanto al jóven era culi y de Nagkonda, lugar que se encuentra á tres estaciones de Simla, en el camino de Tchini.

Jacquemont, á pesar de que reconoce con el príncipe Soltykoff que existen entre el Himalaya y los Alpes muchos puntos de contacto, da la preferencia á estos últimos en su carta á M. Carpentier: «Gozoso, dice, si consiste en que ya no tengo un alma de veintin años, como cuando visité los Alpes, y que la facultad de admirar se pierde con el uso, pero lo cierto y que no me gusta es Himalaya como me gustaron los Alpes. Las producciones vegetales difieren apénas genéricamente de las de los Alpes; pero su distribucion no es tan graciosa, y tambien el relieve de las montañas disimula la altura colosal de Himalaya. No hay anchos



Paharis del Himalaya.

pues los habitantes de esas montañas tienen infinitamente ménos relaciones con los europeos que los de las llanos. La misma causa que cubre de abetos y de nieve sus montañas, influye sobre su traje, compuesto de telas groseras, en tanto que sus compatriotas de la tierra baja no llevan mas que un vestido ligero, y esto cuando le llevan. Tambien influye en su arquitectura, y explica porqué sus casas de madera se parecen tanto á las de la Suiza y tambien á las de los lugares rusos.

Las dos figuras que se ven en el cuarto grabado eran de la casta de las *coolees*, ó trabajadores, todos ellos del valle de Kanaur, situado en la vertiente septentrional de Himalaya. El hombre se llamaba Gurdju; la mujer que está á la izquierda Bitchuti, con el apodo de Tchota



Paharis del Himalaya.



Indio-Rao, de la familia del rey de Gwalior.

go de capital. Sin embargo, en el dia es una ciudad muy populosa. Situada sobre el continente á treinta millas al Este de las Ghates, y á unos 2500 piés sobre el nivel del mar, es un punto muy sano comparativamente á Bombay, por cuyo motivo envian allí á los enfermos de esta última poblacion. Jacquemont murió en ella.

» Despues de muchas guerras y sangrientas luchas, dice M. de Warren en el tomo tercero de la *India inglesa*, los ingleses anteriormente á la presidencia de lord Ellenborough, habian arrancado ya á los maratas la presidencia propiamente dicha de Bombay, esto es, las provincias de Surate, de Bedjapur, de Kandeish y de Ahmednagar, con sus siete millones de habitantes. Este dominio, de una forma muy irregular, dejaba al Oeste las posesiones del Guicowar, ó rey de Baroda; al Este, el pequeño estado de Indor, que pertenece al descendiente de Holcar; al Mediodía el reino de Sattarah, y los principados de Colapur y de Sawant-Warrie, todos sometidos al régimen subsidiario; y por último al Nordeste el único estado que habia quedado verdaderamente independiente en su administracion interior, el de Gwalior, gobernado por la familia de Scindiah.

» La independencia de este estado concluyó con su soberano Jenkadji-Rao-Scindiah, muerto el dia 7 de febrero de 1843.

» Su viuda de doce años de edad, dirigida por el residente inglés, coronel Spiers, eligió por marido á un niño de nueve años, llamado Seaji-Rao-Scindiah, que subió al trono el 1.º de marzo del mismo.»

Damos aquí el retrato de este joven rey copiado dos años despues del natural por el príncipe Soltykoff.

El Maha-Radja, Hindu-Rao-Bahadur, que figura en el sexto grabado, es de la familia del joven rey de Gwalior, y habitaba ordinariamente en Dehli, donde fué á verle



Nana Punoar, de la familia del rey de Gwalior.

valles, ni lagos, ni praderas, etc.» Hay que advertir que es un suizo el que escribe, y que su opinion debe sernos sospechosa.

Las cinco figuras que ilustran la segunda página de grabados representan al joven rey de Gwalior, rodeado de los principales personajes de la corte. Los maratos, cuya grande familia ocupa las comarcas comprendidas entre el Tumbadra, el reino de Golconda, el golfo de Catch y el mar de Malabar, tienen su origen en las montañas que se extienden paralelamente á la mar, desde Surate hasta Canara. Su primer jefe Swadji, nacido en 1628 descendia de los radjputs, reyes de Udeypur.

A mediados del siglo XVII, cuando la usurpacion del Pachwa, ó primer ministro, Punah se hizo la capital del imperio. Cincuenta años despues el Pachwa que conservó su modesto título en el trono, se vió obligado á reconocer por un tratado de alianza con la Inglaterra, la independencia del Holcar y la de Sindia, que como vasallo, se hallaba sujeto á llevar las babuchas de aquel soberano, y en 1817 su rompimiento con los ingleses le robó su corona, y Punah invadida pidió su ran-



El joven rey de Gwalior.

blanca, que partia de una sien á otra entre los ojos y las cejas. Tambien llevaba en los pómulos de las mejillas un punto redondo del mismo color, que hacia resaltar las tintas azuladas y verdosas de su cutis, sobre todo, junto á los ojos, dándole un aspecto cadavérico. Esto era la señal distintiva de su casta. Las señales se hacen con un polvo sagrado, molido por los brazmanes.»

Esta marca circular se llama en los textos sanscritos *titaka* ó *tamalapatra*.

El personaje del séptimo grabado era tambien de la parentela de Gwalior y se llamaba Nana-Punoar; el príncipe Soltykoff le copió bajo las bóvedas de la ciudadela. Llevaba en la frente una raya perpendicular, amarilla y blanca, y dos puntos blancos en los pómulos de las mejillas, cerca de los ojos.

« Su manto era de percal color de rosa, su pantalon de seda, color de lila y oro ó plata; su turbante de muselina verde claro, y sus sandalias de taflete verde y plata.

» El dia en que retraté á Nana-Punoar, tenia conmigo uno de sus parientes y compañeros de armas, mas joven que él, que se



Madiu Rao-Phaikah, jefe marata.

el príncipe Soltykoff, siendo convidado allí á presenciar un baile de mujeres de baja condicion. « Seis ó siete eran las bailarinas, pero ninguna hermosa, todas tenian los dientes negros, lo que no contribuia á embellecerlas.

» Habia muchos ingleses en aquel baile que parecia no divertir mucho á la concurrencia. Me dijeron que Rao daba fiestas á menudo á las autoridades inglesas, con comidas, y hasta partidas de campo y de caza.

» Un dia vino á visitar al gobernador general de las Indias, lord Hardinge, que se hallaba acampado cerca de Dehli. El gobernador en cuya tienda estaba yo, suplicó á Maha-Radja que se dejara retratar al lápiz por su hijo, y en efecto se sentó complaciente en una silla, y yo aproveché la ocasion para sacar tambien su retrato. Su caballo, su silla y su escudo que estaban fuera de la tienda, no se escaparon tampoco á nuestra curiosidad y á nuestros lápices.

» Su túnica era de percal blanco; su chal de muselina color de rosa, y su cinturón de cuero, aunque se hallaba cubierto de un bordado de oro, semejante al que se hace en Tarjok. El brazal que llevaba era hermosísimo; su turbante muy bien hecho como lo son en general los que llevan los maratas; era de gasa color de cereza y oro. Sus botas... evidentemente eran inglesas, y habian salido de las manos de algun zapatero de regimiento, de un regimiento de coraceros, á juzgar por su forma. Hasta creo haber oido contar la historia de aquellas botas á unos oficiales ingleses; pero como la he olvidado, quisiera persuadir á mis lectores de que no presentaba el mayor interés.

» Su rostro de color de bronce, ó mejor dicho de color de hierro, porque tenia algunos visos azulados por algunas partes, se hallaba cortado en dos por una raya



Appa-Bnoliah, jefe marata.

llamaba Madhu-Rao-Phaikieah, y cuyo retrato se ve en el penúltimo grabado. Llevaba la misma marca sobre la frente, pero no en las mejillas. Su túnica era de percal blanco lo mismo que su pantalón. Su turbante de gasa color de rosa, se hallaba sostenido en la barba, lo que le daba un aspecto enfermizo. Su escudo era negro muy reluciente y sencillo como se acostumbra entre los maratas y los sikhs por elevado que pueda ser su rango y su elegancia.

»Las sillas en que ambos jefes estaban sentados con mucho orgullo debían ser inglesas, llevadas de Calcuta, pues no es posible que gente tan belicosa como los maratas hayan descendido hasta un oficio tan sedentario y humilde.»

»El jefe marata que nos queda por describir se llamaba Appa-Bholiah-Marhatta-Sardar. No era de Gwalior como los precedentes, sino de Indor, y en esta ciudad me fué presentado por el residente inglés, M. Hamilton, en cuya casa saqué su retrato.

»Su túnica era de percal de color de rosa, su turbante de muselina amarilla y roja, y estaba sostenido en la barba como el del otro jefe; sin embargo su forma no era igual, pues el turbante marata varia según los países; el más curioso es el de India. Cada reino marata tiene también sus chales de colores diversos.

»Appa-Bholiah llevaba entre las cejas y los ojos una raya blanca, y otras en el cuello del mismo color, aunque más finas.

»El holcar reinante era un niño de once años al que me presentaron, y con este motivo ví los preparativos de sus bodas con una princesa vecina que apenas tenía seis años.»

L. DE W.

## El 4 de julio en Boston

Ó AVENTURAS DE BEN JONES.

(Conclusion.)

Todo el mundo se despertó descansado; pero comenzaba á sentirse con ganas de tomar un alimento más suculento después de las fatigas del día.

— Yo creo, dijo, que haríamos muy bien en ir á comer á alguna parte. Mi estómago y mi vientre están tan vacíos como un tambor.

Esta opinión fué aceptada unánimemente. El reloj bien sacudido señaló las tres de la tarde; no era muy temprano para salir. La amable doméstica les prestó todos los servicios posibles. Con la cabeza al aire corrió por la calle de Washington, llamó el ómnibus, hizo subir á los niños, é invitó á Ben á volver con ellos cuando se hallase M. Jones en casa. Ben dijo que á su primo le tocaba ahora el ir á verlo con su mujer, y se despidieron amistosamente.

— ¿Dónde nos pararemos? preguntó la señora de Ben.

— No lo sé, á fe mía; indíquenos Vd. dónde aparezcan, dijo Ben al conductor.

Este se sonrió, se columpió sobre una pierna, y preguntó:

— ¿Dónde van Vds.?

— A comer en cualquiera parte, si es posible, respondió Ben. ¿Tal vez conoce Vd. alguna buena fonda en vuestro camino?

— Ciertamente.

— Pues avisenos Vd.

— Cerca del paseo, dijo la señora de Ben, porque los niños no podrán andar mucho.

El conductor se paró ante una confitería. Helados, dulces y pasteles de todas clases guarnecían el mostrador. Entraron y se pasearon por la tienda estupefactos. Un caño de agua, que caía con dulce murmullo en un tazón de mármol, lleno de peces dorados, atrayó primeramente su atención. Los niños prorumpieron en gritos de alegría: Ben metió casi tanto ruido como ellos:

— ¡Y bien! ¡cosa maravillosa! ¡En mi vida he visto otra semejante! ¡Qué preciosas criaturas! ¡Y esta agua que brota del suelo en línea recta!

— Preciso es que haya una fuente en la bodega, dijo tranquilamente su mujer.

— Así lo creo, respondió Ben.

— ¿Qué desean Vds.? preguntó una jóven de larga cabellera.

— No lo sé, á fe mía. ¿Qué puede Vd. ofrecernos?

— Vainilla, limón, fresa, piña, lo que Vd. guste.

— No entiendo nada de eso. ¿Tiene Vd. judías con tocino? Yo quisiera comer alguna cosa, porque me estoy muriendo de hambre.

— No tenemos judías con tocino.

— ¡Ah!

Ben no sabía que pedir. Entónces observó que las personas que se hallaban allí estaban bien vestidas, y no sintió llevar su traje de fiesta. La jóven de largos cabellos aguardaba sus órdenes.

— ¡Y bien! repuso Ben, conociendo que era menester decir algo.

— ¡Ah, aquí está mi niño! exclamó una voz dulce, que él reconoció en seguida. Se volvió, y vió á la dama del vagón.

— ¿Cómo está Vd.? preguntó él tendiéndole una mano grosera y encarnada, capaz de recibir siete manos como la que se apoyó en la suya. ¿Cómo está Vd.?

Ben reía, su mujer reía, los niños reían también. Todos estaban contentos. Sus corazones se habían dejado seducir por esta voz simpática.

— No esperaba yo encontrar á Vds. aquí, dijo la dama.

— Ni yo tampoco, replicó Ben. He entrado por ver si nos darian algo que comer, porque aun no lo hemos hecho: mi primo había salido.

— ¡Ah! Lo siento mucho... ¿Sirven Vds. de comer, no es verdad? preguntó á la jóven de largos cabellos.

Largos-Cabellos respondió: Sí, en el otro salón, y se retiró.

La dama los condujo á una sala donde había muchas mesas elegantemente encubiertas; ella les acercó sillas. Un mozo con delantal blanco se acercó al punto.

— Aquí tiene Vd. la lista, dijo la dama á Ben; escoja Vd. lo que guste.

Ben leyó despacio y en voz alta. Pronto llegó á un plato francés, que pronunció de un modo tan singular, que el mozo no pudo prescindir de soltar la carcajada. Ben lo miró fijamente y soltó la suya á todo trapo.

— Este es algún animal que yo no conozco. Déme Vd. tocino fresco con patatas.

Su mujer pidió una pierna de pollo. La dama les aconsejó que vieran la lista para que supieran el precio de cada plato. Después que los vió bien arreglados se fué. Ben tenía sed. No sabiendo donde poner el agua porque los vasos estaban ocupados por las servilletas en forma de flores:

— ¡Oh! ¡hé! exclamó, traiga Vd. algunas tazas para beber.

El criado quitó las servilletas riéndose, y llenó los vasos de agua.

— ¡Oh! ¡qué lástima da el ver deshacer estas cosas bonitas! dijo Ben.

Marido y mujer olvidaron el consejo de la desconocida, y no pensaron en mirar el precio de los platos que pedían. Su apetito se estimulaba conforme comían. Allí había cosas que no podían lograr todos los días. Pastel de pichón, langosta, una taza de té para la señora de Ben. Por último pidieron una jarra de leche para los niños. El mozo los servía instantáneamente.

Esta importante comida llegó, como todo en el mundo, á su fin. Hasta los niños estaban hartos. Ben sacó su bolsa y pidió la nota.

— Dos dólares, caballero.

— ¡Dos dólares! dijo Ben.

— ¡Dos dólares! repitió su mujer.

— Sí, señor.

— En una semana no gastamos más en casa, incluso Tim y Dob.

— El precio está marcado en la lista, dijo el mozo riéndose á pesar suyo.

— ¡Es verdad! dijo Ben, la dama nos lo advirtió, y yo lo había olvidado.

— Veamos como está la cuenta.

Ben volvió á leer la lista, haciendo comentarios sobre cada artículo.

— ¡Una taza de té, real y medio! ¡Caramba! ¡ya pueden Vds. hacerse ricos con este oficio! ¡Una taza de leche lo mismo! ¡una sola taza! ¡Ah, diantres! ¡cuánto cuesta la taza que nosotros hemos pedido!

— Cuatro tazas tenía, caballero, seis reales.

Ben y su mujer se quedaron silenciosos un instante; sus figuras manifestaban la mayor sorpresa. Ben recordó el primero el uso de la palabra.

— ¡Esta jarrita de leche! ¡Seis reales esta jarrita de leche! ¡Ah, Ben! si me trajeras tus cantarillos, daría yo cada uno por ese precio.

Ben lo tomó por último á broma, y se arrellanó en su sillón, soltando la risa con tal fuerza que despertó los ecos de la sala. Pagó en seguida sus dos dólares sin más observación que la siguiente: « ¡Felizmente el 4 de julio no llega todos los días! »

— Inútil es dejar las cosas que pagamos, dijo su mujer, y harémos bien en llevarnos estos mendrugos que vendrán de perillas á los niños más tarde.

El criado no se opuso, y los mendrugos de pan fueron metidos en el saco.

El estómago lleno, pero la bolsa más ligera, nuestros amigos salieron de casa del confitero, y recorrieron las calles cuajadas de gente. La señora de Ben temía ser derribada al suelo á cada momento. Ben llevaba al niño, y su mujer tenía tanto miedo de perder á su hija, que la llevó en brazos más de la mitad del camino. Gracias á los consejos de la dama incógnita, el vestido fué comprado á un precio regular, única adquisición ventajosa del día. Nuestros campesinos se dejaron engañar en todo lo demás, pagando enormemente cosas de poco valor, y creyendo á cierra ojos en las palabras de los comerciantes. Ben no había pisado nunca una tienda de Boston; ¿cómo hubiera conocido los precios, él que estaba acostumbrado á pagar sus compras en huevos y manteca?

El sol se cansaba ya de su ardiente carrera, y su fuego comenzaba á extinguirse. Bajaba rápidamente á su ocaso; su servidumbre lo cercaba vestida de púrpura y oro. Desapareció en toda su gloria, y el amable crepúsculo, con su fresco rocío, le sucedió para reanimar la tierra abrasada. Miles de voces lo saludaron con entusiasmo. Ben y su familia fueron de los primeros que se dirigieron al teatro del fuego artificial.

Sus diversas compras los habían conducido á una parte retirada de la ciudad, y se vieron obligados á dar una buena carrera. Los hijos doblaban la cabeza fatigada, y el fuego artificial podía solo sostener las fuerzas de sus padres. Ben consultó su reloj al entrar en la calle del Parque. No hacía más que unos minutos que se había parado. Ben creía que había andado muy bien; así, sacudiéndolo como para estimularlo á seguir su curso, lo puso en hora, y arregló su cadena para ha-

cerla brillar con más ventaja. Mas tarde tuvo ocasión de recordar estos pormenores.

El paseo estaba cuajado. Nuestros amigos no pudieron acercarse bastante al estanque para formar conjeturas acerca del origen de la fuente misteriosa; se contentaron, pues, con mirar los caños de agua que sobresalían por encima de las cabezas apiñadas de la numerosa concurrencia.

— ¿No podríamos sentarnos? preguntó su mujer. Me es imposible permanecer en pié durante todos los fuegos de artificio de Boston.

— La dificultad consiste en hallar asientos, dijo Ben. Al otro extremo del paseo los hay; vayamos á ocuparlos, puesto que están libres. Los fuegos nos parecerán mejores de lejos, y no tendremos aperturas que temer.

Este saludable miedo apresuró los pasos de la señora de Ben, que fué á sentarse en el banco más solitario y apartado.

Colocados así, su atención se dividió entre la multitud ruidosa y la fatiga de sus hijos. El tiempo pasó rápidamente. Los niños lloraron y fueron acallados con golosinas. Cuando se las comieron, lloraron de nuevo, se durmieron, se despertaron, volvieron á llorar, y pretendieron que los llevaran á casa. ¿Qué placer podían hallar sus ojos fatigados en ver los fuegos? Un buen sueño les vendría mejor que todas las diversiones del mundo.

— Mucho me alegraré de que esto acabe pronto, dijo la mujer de Ben, porque estos niños comienzan á estar insoportables.

— En seguida van á comenzar, dijo Ben, voy á pasear el niño entretanto.

— No sé como haces, porque yo tengo los pies hinchados á fuerza de andar.

Mientras Ben se paseaba arriba y abajo, con su heredero al brazo, un hombre que silbaba cerca de ellos levantó los ojos, diciendo:

— Estoy muy seguro de que lo tendremos dentro de pocos momentos.

— ¿Qué tendremos? preguntó Ben.

— El chubasco que se prepara.

— ¡Diantre! gritó Ben, examinando las negras nubes que se amontonaban sobre ellos. Creo que sí, pero acaso el viento barra eso, y no pienso que nos mojemos el día 4.

— ¡Oh! las nubes no se irán sin remojarnos, repuso el otro.

Como para confirmar el pronóstico, el viento se levantó de repente, dobló las copas de los olmos, y se desencadenó en ráfagas cortas y precipitadas: el trueno resonó á lo lejos.

A las ocho, en medio de los aplausos que impusieron silencio al viento y el trueno, partió un cohete, seguido de otro. La tempestad se aproximaba; los soberbios olmos se agitaban á su impulso; los relámpagos surcaban por la atmósfera. Un rayo sale de una nube, y de repente, como si hubiera sido la señal de la apertura de las cataratas del cielo, la lluvia cae á torrentes sobre la multitud asombrada. Un momento después, la confusión sucedió á la consternación. La multitud se codeaba y daba de empujones: los hombres reían, las mujeres chillaban, los niños lloraban. Los truenos y los relámpagos menudeaban.

— ¡La mejor borrasca que yo he visto! exclamó Ben. ¡Adios los fuegos!

Hasta aquel momento había mirado la derrota con curiosidad, porque se hallaba apartado del bullicio; pero la marea lo alcanzaba, y se veía obligado á resistirla para defender á su familia. Cogió á los dos niños en los hombros, en tanto que su mujer se le colgaba del brazo; en seguida, oponiendo su pecho al oleaje humano, condujo á los suyos sanos y salvos á un rincón defendido. Allí se paró á pensar en lo que haría.

Su mujer y los niños lloraban.

— No llegaremos vivos á casa, dijo ella; estoy mojada hasta los huesos.

— ¡Animo! replicó Ben. Pronto cesará el chubasco; y además, el agua de verano na ha hecho mal á nadie.

— Sin embargo, estoy tiritando.

— Pronto te enfrias. Siéntate bajo este árbol, y extenderé mi casaca encima de tí y de los niños.

— Creo que puedo pararme aquí, dijo una voz dulce junto á él.

Ben se estremeció. Le pareció que no se engañaba, que reconocía aquella voz, y con efecto, un relámpago le hizo ver que así era. Volvió á encontrar la dama del vagón por la vez tercera. Un caballero la acompañaba.

— Quisiera saber, señora, si sois vos misma, pregunto Ben.

— ¡Ah! aquí están los amigos de que hablaba á Vd., dijo la dama á su caballero. Aquí puedo quedarme con ellos hasta que traiga Vd. un carruaje.

— Yo lo creo. No tema Vd. nada, caballero; nadie la tocará mientras yo esté á tiro de fusil, se lo prometo á Vd.

— Sí, él me cuidará. Traiga Vd. un carruaje vacío, y llevaremos á estas pobres gentes al camino de hierro.

— Nosotros hubieramos tomado un carruaje, porque mi mujer no puede más, dijo Ben.

El caballero se fué. Ben apartó un poco á su niña, para que la dama pudiera sentarse cómodamente.

— Quisiera tener algo con que cubrir á Vd., dijo él. Si lo hubiera sabido, hubiera traído un paraguas; pero lo más fuerte ha pasado ya. ¡Buen Dios! ¿no tiene Vd.

otra cosa puesta que ese chal de blonda? Muy mojada debe Vd. estar.

Ahora bien, la casaca, el pañuelo de narices y la corbata de Ben estaban empleados, y comenzó á examinarse por ver si podia disponer de alguna cosa. Pero no halló mas que su chaleco, que se quitó y extendió sobre los hombros de la dama.

— Creo, dijo él, que esto le preservará á Vd. el cuello; de todos modos, no se mojará Vd. tanto. No tenga Vd. aprehension, porque esta mañana estaba muy blanco.

Puede dudarse si la dama hubiese preferido la lluvia al chaleco que Ben habia llevado bajo su casaca azul durante todo este ardiente dia; sea como quiera, procuró no herir su susceptibilidad. Pero bueno será advertir que aprovechándose de la oscuridad, puso su pañuelo bajo el chaleco de Ben.

Obligados á cuidar de los dos niños y á defenderse de la tempestad, nuestros amigos olvidaron los fuegos artificiales. Solo se habló de ellos una vez, aunque tardara mucho á llegar el carruaje que, con tanto gusto suyo, les ofreció un abrigo.

Ben contó la historia de su comida, y como le habian servido la leche, la langosta, la taza de té y todo lo demás. Parecia que nada podia agotar la fuente de su alegría, é hizo rebotar de risa al caballero y la dama.

— Aquí nos apeamos, dijo la dama haciendo detener el carruaje.

— ¡Oh, lo siento! exclamó Ben. Desearia que viniese Vd. á vernos. Le dariamos á Vd. muchas leches, acedras y espifacas á su regreso.

— Sí, venga Vd., añadió su mujer. ¿Porqué no vendria Vd.?

— Iré á ver á Vds., si paso alguna vez por su pueblo. Buenas noches. ¡Ah! tome Vd. su chaleco; por poco no me lo llevo olvidado. Y mil gracias.

— Muchas mas le doy yo á Vd., repuso Ben. Buenas noches.

El caballero dijo á Ben al separarse:

— El coche está pagado, no lo olvide Vd.

— No era preciso hacer eso, replicó Ben, pero antes de acabar, la portezuela se cerró, y el caballero se perdió de vista. A través de calles llenas de lodo, llegaron á la estacion.

Cuando se apearon, el cochero, con el saco de Ben en la mano, le dijo:

— Caballero, tiene Vd. que pagarme cincuenta cents.

— ¿Qué dice Vd.? Yo he visto con mis ojos que le han pagado á Vd.

— Por dos personas, y Vds. son cuatro, caballero.

— Los niños los hemos traído sobre nuestras rodillas.

— Eso no me importa nada. Aquí está el reglamento.

— ¡No le daré á Vd. nada, solemne bribon!

— ¡Bueno! busque Vd. en otra parte su saco, dijo friamente el cochero, subiéndose al pescante.

— ¡Mi vestido y todas las compras! gritó la mujer de Ben. Págame y que se vaya; aquí nos vamos á poner como sopas.

— Me se figura que pertenece Vd. á la familia del truhan que he visto esta mañana aquí, dijo Ben alargándole medio dollar.

El último tren que partió de Boston en la noche del glorioso aniversario del 4 de julio se componia de gente silenciosa y sin sustancia.

Todo el mundo estaba mojado, cansado y lleno de disgusto. Ben hizo esfuerzos inútiles por entablar una conversacion. Los niños dormian y la madre meditaba. Sus pensamientos erraban de una parte á otra, y su cabeza los seguia. Para ella no habia ni tiempo, ni espacio. La mayor parte de los viajeros hacian lo mismo. De repente se sintió un silbido que conmovió á todos. La portezuela se abrió. El viaje se habia acabado. La tempestad habia pasado como un sueño; el viento no se oia, y la plateada luna seguia cual reina triunfante el ejército de nubecillas que huian ante ella. Bajo el cobertizo, como si no se hubiera movido desde por la mañana, Dob se regalaba con las yerbas aromáticas. Tim dormia en la carreta.

Ben pensó en su reloj, queria ver si el viejo Dob tardaba lo mismo en la vuelta que en la venida. Tentó un bolsillo, luego el otro, volvió á tentar; el reloj habia desaparecido, desaparecido para siempre.... ¡y era el reloj de su abuelo!

— Llega Vd. un poco tarde hoy, dijo M. Morton á Ben Jones. Ayer estuvo Vd. en la fiesta, ¿no es verdad?

— Sí, señor.

— ¿Se ha estropeado Vd. el brazo que pica Vd. tan envarado?

— He cogido un reumatismo.

Ben continuaba su trabajo, sumergido en uno de sus raros accesos de taciturnidad. M. Morton dejó que lo ablandaran algunas horas de fatiga. A su regreso lo halló mas sociable.

— ¿Ha estado Vd. ayer en Boston? le preguntó de nuevo.

— ¿En Boston? Ciertamente, respondió Ben levantando los ojos.

— ¿Se divirtió Vd.?

— ¿Divertir? Si no fué el trabajo mayor de toda mi vida, consiento en caer muerto de repente.

— ¿Cómo es eso? ¿Vd. llevó consigo á su mujer?

— Sí, y mis hijos tambien, y hacia un calor tan fuerte como el de un horno. Si estamos mas allí, nos freimos ó cocemos. Los niños lloraban, y para acallarlos, era menester atracarlos... de suerte que los dos están hoy malos.

— De esa manera ha pasado Vd. un dia penoso.

— ¡Oh, penoso! repitió Ben dejando el pico. Para empezar, el niño perdió su sombrero, lo cual me ha costado un dollar; luego hemos dado un buen paseo para saber que Simon se habia mudado de casa; luego hemos trotado una buena milla sobre un pavimento de fuego para ir á su nuevo alojamiento, y no se hallaba en casa. Despues hemos ido á buscar donde comer; por una jarra de leche y otras frioleras me han cobrado dos dollars; despues hemos andado de tiendas con los niños en brazos, y cuando nos hallabamos en el paseo bien sentados, el tiempo lo ha echado á perder todo.

Ben se puso á trabajar otra vez.

— ¿De modo que no ha visto Vd. los fuegos artificiales?

— A fe mia que no; al primer cohete ha estallado la tempestad. De hijo, desde que los primos de Noé se ahogaron no ha llovido tanto. Y no ha sido eso todo, continuó Ben, que vió pintarse la simpatía en el rostro de M. Morton: el aguacero ha echado á perder nuestros vestidos, y la tela para otro nuevo que mi mujer se habia comprado; y lo peor de todo es que uno de esos señores de Boston me ha sacado el reloj del abuelo. Ciertamente no valia cosa; pero mi mujer queria que le hicieran con él una cuchara. Por mi parte, renunciaria espontáneamente al reloj por saber como me lo han agarrado.

M. Morton se reia de tan buena gana, que Ben no pudo prescindir de hacer coro con él.

— Caro, pues, le ha costado á Vd. el viaje, Ben, á lo que veo.

— Sí, lo que gane en un mes no me indemnizará, y eso sin contar con el médico. Todo parecia conjurado contra nosotros, excepto una señora que hemos encontrado, y que ha sido con nosotros tan buena y tan amable como era posible. Sino por ella, aun nos hubiera costado el viaje mas caro. Tal vez la conocerá Vd. Se parece mucho á Ana Shipman, con la diferencia de ser un poco mayor.

— No, no la conozco.

— Le aseguro á Vd. que es una hermosa criatura.

— En ese caso, ¿no pensais en volver á celebrar el año próximo el aniversario del 4 de julio en Boston?

— ¡Oh, no! he recibido una buena leccion, y no volveré allí en cuatro pares de viérnes.

### Establecimientos franceses en las costas de Africa.

EL GABON.

Siguiendo hácia el Sur, la costa occidental de Africa, desde el cabo Bojador, esto es, por el desierto de Sahara, despues de haber medido con la vista trescientas leguas de playa árida y arenosa, sin señales de vegetacion, el viajero se sorprende al encontrarse de repente y sin transicion por el 15° de latitud Norte, en frente de una ciudad hermosísima, la poblacion de S. Luis, que se aparece en medio de un bosque de palos, con sus casas blancas, sus edificios públicos bastante elegantes, y sus millares de barracones de negros, que parecen grandes colmenas. Las olas que baten la costa, los vapores que surcan el rio, las caravanas que llegan del desierto, las lanchas pescadoras, y los pelicanos que por la noche extienden su vuelo por un horizonte sin nubes, animan ese cuadro que tiene algo de fantástico.

La ciudad está construida á 500 metros del mar, en una de las islas del Senegal á cinco leguas de la embocadura de ese rio caudaloso en las arenas del desierto, cuya entrada cierra una barra movediza, apeligrosa para los navegantes, ¡cuántas cosas útiles podrian hacerse en ese pais que solo es árido en la costa!

Sin embargo, solo en una época del año se ponen en movimiento aquellas poblaciones, y es durante la *escala*, ó la feria de la goma arábiga que recogen los mozos de la orilla derecha del rio. Hasta hoy el comercio de la goma nunca ha sido libre; los comerciantes europeos solo podrian comprarla por medio de los tratantes negros ó de color que iban á buscarla á las tres ferias anuales que hay simultáneamente en tres puntos de la orilla del rio. La feria de los trarsas se llama el Desierto, la segunda es la de los darmansosus, y la tercera es la de los brakna ó del Gallo.

El dia en que se abren estas ferias mas de doscientos buques de todas formas llevan al rio una gran parte de la poblacion de S. Luis. Estos tres meses de feria son tres meses de libertad de ruido, de alegría y de esperanzas que rara vez preside el acierto en las especulaciones y los cambios.

Estas ferias ofrecen el cuadro mas pintoresco y variado. Es una mezcla de blancos, negros, mulatos, franceses, ó árabes, hombres, mujeres, niños, un conjunto de camellos, caballos, asnos y bueyes de carga: allí se encuentran gentes del fondo del desierto, y hasta de Marruecos. Puede decirse que no hay en Africa un mercado tan considerable como ese.

Las tribus de bolba y de zenaga, de los trarza y de los brakna, llevan gomas y pieles de bueyes.

Los mas septentrionales de los trarza y de los brakna, sus vecinos los de Adrar, los uled-delimi, venden caballos, alfombras, camellos y mantas de lana.

Del Tirir, situado al Noroeste del Adrar, van los camellos mas famosos.

Algunos hombres del Arusin, al 26° de latitud Norte, llevan mercancías del Tell; los uled-tidrarin, en frente de Canarias, venden kissa y lana; los de Tichit, hermosa ciudad de un territorio rico, al Oeste de Tombuctu, llevan oro y esclavos, dátiles, almizcle, ámbar imitado, y unas largas camisas sin mangas, vestido ordinario de los negros de S. Luis, que llaman bubus.

Los del Tagant (pais rico y fértil á cinco ó seis jornadas de Bakel, y cuya posesion es motivo de continuas guerras) llevan gomas, caballos y dátiles, de los Uled-Embark, que se llama la Cisterna, pais elevado al Sudeste del Tagant, que parece haberse designado con el nombre ridículo de reino de Ludamar, nombre enteramente desconocido en el pais, y que sin duda le dieron á causa de un jefe de esa tribu nombrado tal en 1700, y que se llamaba Aly-Uld-Amar.

Tambien se ven á veces en las ferias un hombre ó dos de los Tonat, de Marruecos, de Tonarik y de Azauat, al Norte de Tombuctu.

Para hacer los cambios con mas facilidad, los tratantes amarran sus buques á la orilla, y construyen chozas de paja, que incendian al finalizarse la feria; los moros tienen su campamento á alguna distancia.

Las mujeres de los moros están de dia y noche á bordo de los buques para obtener regalos á fuerza de instancias y de ruegos, y sus maridos suelen incomodarse con los tratantes que las echan fuera para libertarse de sus pesadas súplicas.

Las mercancías de cambio consisten en muselina, cristalería, ámbar, escopetas, pólvora y otra porcion de objetos de pacotilla.

Los moros no venden en cambio mas que sus gomas, algunos caballos, y los artículos susodichos mas arriba.

Estos pueblos como todos los de su raza, tienen hábitos tan invariables, que es imposible proponerles en cambio otros objetos nuevos.

La mala fe recíproca que presidia en estos mercados, era una causa eterna de disensiones y de apuros para el gobierno; pero hace algunos años se ha logrado obviar este inconveniente, haciendo pesar las gomas por sargentos nombrados para el caso.

Muchas veces se ha hablado ya de la supresion de estas ferias, pero esta empresa ofrece grandes dificultades. Mohammed-el-Habib, cheikh de los errarzas hace 25 años, hombre de capacidad, que tiene en ambas orillas del rio un poder irresistible, ha declarado que viviendo él no se cambiaria en nada lo existente.

En las ferias, el gobierno y los tratantes pagan derechos enormes á los jefes de los moros. Así se paga la goma á los morabitas y á las fracciones tributarias que la recogen y la llevan, y se paga luego segunda vez á los jefes y á los guerreros para que permitan que se comercie en ella. Aun podria decirse que los negociantes la pagan por tercera vez á los tratantes que se la procuran. Este es el estado de las cosas; el gobierno parece decidido á cambiarle.

El comercio de goma tendrá precisamente que modificar sus condiciones por el empleo de la dextrina, y por la concurrencia de las gomas de Egipto y Arabia, cuya produccion toma un desarrollo muy considerable. Felizmente para la colonia francesa de las costas de Africa, otros ramos de comercio van tomando incremento allí desde hace algunos años; verbigracia, el calcamate que del Senegal á Sierra Leona emplean anualmente muchos buques de bandera francesa.

Desde hace algun tiempo tambien, el comercio francés quiere tomar su parte de los productos del Gabon, donde todos los negocios hasta hoy se hacian por los ingleses y americanos, á pesar de que la Francia tiene allí un establecimiento y el dominio del rio.

Los productos del Gabon consisten en palo de tinte, marfil, cera, ébano y otros artículos de menor importancia.

El establecimiento francés situado en la orilla derecha á la entrada del rio, casi en el Ecuador, en un buen terreno, encierra unos jardines donde se han aclimatado todos los frutos de Borbon y de las Antillas.

El Gabon promete un vasto campo de descubrimientos á la historia natural, pues sus bosques contienen una multitud de animales y de vegetales desconocidos. Allí viven los guimpanzos y djina, esos monos que se parecen al hombre de un modo espantoso.

Los djina tienen mas de seis piés de altura, sus hombres son mas anchos que los del hombre; deben ser terribles por su estatura, su destreza y su fuerza muscular; los negros dicen que á veces suelen robarles sus mujeres. Todavía no se ha podido lograr coger ninguno vivo.

En el Gabon hay un obispo y una mision francesa, cuya residencia principal se halla en el cabo Esterias, y además á una legua del establecimiento existe una mision americana, cuyos miembros forman parte de una sociedad de temperancia.

El cabo Lopez á veinte leguas al Sur del Gabon, es uno de los peores puntos donde se ha refugiado el tráfico de negros, que los ingleses persiguen en una perseverancia y una energía admirables.

La poblacion del Gabon se compone de muchas razas distintas; los que habitan mas cerca de la costa son los mopongués, los chikiani y los bakalais, con los cuales hacen el cange los capitanes de los buques.

No hay pais en el mundo donde la prostitucion haya tomado proporciones tan colosales como en el Gabon, lo que se explica por la razon de que este pais fué en otro tiempo el centro del tráfico; la costumbre de venderse unos á otros, y el contacto con los negreros ha quitado

á esos infelices toda idea de dignidad, de respeto y de amor á sus familias. Por lo demás son gente sumamente inofensiva.

Un pueblo del interior, los pauinos, pueblo guerrero é industrioso que caza los elefantes, fabrica hierro y le trabaja bastante bien, invade poco á poco el litoral.

Los pauinos son antropófagos, pero no en el mismo grado que los habitantes de ciertas islas del mar del Sur; sin embargo es positivo que se comen los cadáveres que les venden sus vecinos. Hace algunos años se comieron la mayor parte de la tripulación de un bote inglés; el rey Dionisio, logró salvar á dos marruecos que esperaban su turno. La reina Victoria le dió en recompensa de este servicio una hermosa medalla de oro, que lleva al lado de su cruz de Honor.

A medida que los pauinos se acercan á la costa son ménos salvajes, y apénas devoran ya la carne humana; el precio de un cadáver es cuatro cabritos.

El capitán de navío Baudin, comandante de la estación naval de las costas occidentales de Africa, quiso el año último hacer una visita á los pauinos, pero le disuadieron de su intento exagerándole los peligros que habia en ellos.

Sin embargo en el mes de junio del mismo año, el comandante Baudin, se decidió á ejecutar su proyecto, y penetró con una embarcación á treinta y mas leguas por el rio, siendo el primero que ha visitado una población pauina, la de Acuengo, en el Como, donde fué muy bien recibido, á pesar de que allí se cree que los europeos se comen los negros que compran, y que nuestro vino es sangre de negro con ciertas preparaciones. La población de Acuengo situado en medio de dos

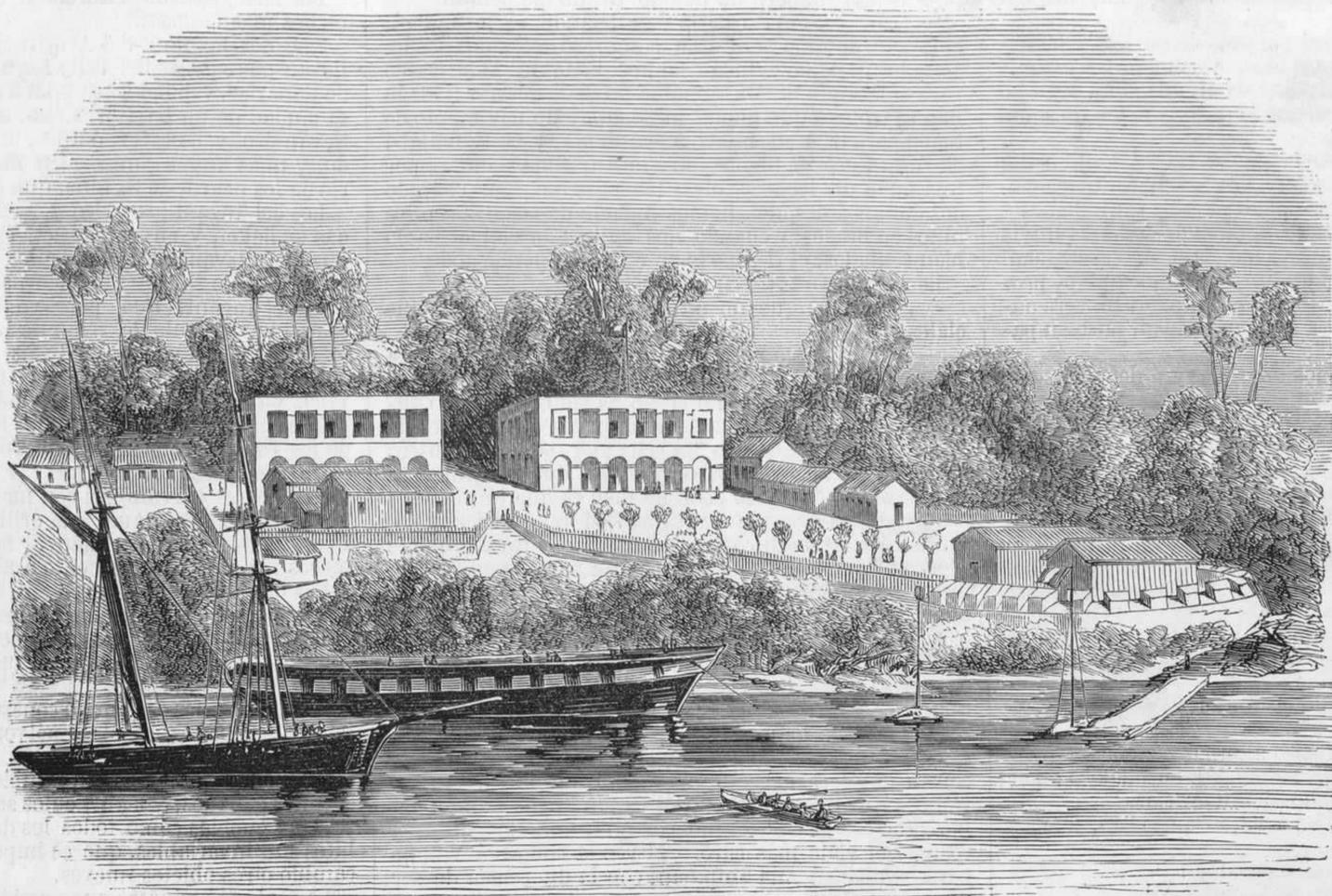
el talle, y pasa por entre las piernas para unirse por detrás en la cintura; á esto se reduce pues el equipo de los pauinos, pero en algunos de ellos esta banda de tela en vez de atarse simplemente por detrás á la cintura, se esparce formando una magnífica cola en forma de abanico, que se mueve cuando andan.

Este principio de relaciones de la extensión francesa con los pauinos no puede ménos de producir buenos resultados.

bosques, se halla construida con una regularidad notable. Sus habitaciones son de caña, todas iguales, y muy bien alineadas, de modo que forman una sola calle tirada á cordel, cuyas dos extremidades se hallan cerradas por grandes chozas donde albergan á los forasteros. En medio de la aldea se halla el salon donde se reúnen los jefes para deliberar sobre los negocios públicos. En el centro arde la lumbre del consejo y al rededor hay largos bancos.

Tambien se ven otras chozas de forma particular, simétricamente colocadas en medio de la aldea, que sin duda son las habitaciones de los magnates.

Sabido es que el vestido primitivo que se encuentra entre todos los salvajes, es una banda de tela que rodea



Establecimientos franceses en las costas de Africa. — El Gabon.



La feria del desierto, ó de los Trarza, en el Senegal.

# EL CARPINTERO

CANCION

Puesta en música por el maestro IRADIER.

*Moderato.*

CANTO.

PIANO.

No quie - ro que a - mi - sa ba - yas, Ni que a la re - ja te a - so - mes,  
 Ni to - mes a - - gua ben - di - ta, Don - de la to - - man los hom - bres. Car - pin - te - ro de mi vi - da  
 A - ga - me us - té u - na es - ca - le - ra, Pa - ra que su ba - a - la ca - ma La po - bre ci - ta mi - a  
 bue - la Pa - ra que su ba - a - la ca - ma, La po - bre ci - - ta mi - a bue - la.

Procédés de Tantenstein et Cordel, 92, rue de la Harpe.—Paris.

2.

Para despedir á un hombre  
 No es menester mala cara,  
 Se le dice con buen modo  
 Báyase usted en hora mala.

Carpintero de mi vida  
 Agame usted un tocador  
 Para mirarse la cara  
 La dulce flor de mi amor.

3.

La niña que no ha tenido  
 Amor con un estudiante  
 No sabe lo que es Canela  
 Ni tampoco Chocolate.

Carpintero de mi vida  
 Agame una silla fuerte  
 Porque la mía rechina  
 Cuando me da el accidente.

## La luna de enero.

CUENTO ROMANTICO.

I.

Allá en el invierno de 1836, residia yo en una ciudad de provincia, cuyo nombre no tendria inconveniente en declarar si al lector pudiera interesarle. Un dia... martes por cierto, que á su fatal influjo atribuyo en parte mi desdicha; tuve la de haber recibido por el correo de Madrid media docena de dramas del género fulminante, traducidos unos, del francés y copiados otros con ínfulas de originales. A cosa de las cuatro de la tarde me senté á leerlos con ansia devoradora, si lectura puede llamarse el engullir páginas y páginas sin la debida misticacion intelectual.

Tan embelesado estaba con las maldiciones, parricidios, incestos, adulterios y otros juguetillos románticos, que ni aun vi la mano bienhechora que al anochecer dejó un velon en mi bufete; por manera que hasta el momento de dejar un drama concluido para coger otro nuevo, única tregua concedida á la lectura, no supe que á la luz del sol habia sucedido la luz artificial, accidente para mí sorprendente y misterioso. Mi rostro estaba encendido como una hoguera, hecha un ascua mi cabeza; las letras pasaban confusamente delante de mis ojos, cual procesion de fantasmas ó disciplinantes encapuzados... Iba á desfallecer, pero á despecho de mi cansada y turbia vista quise apurar las heces del último drama. Faltábanme ya muy pocos crímenes que saborear: acercábame al postrero, al indispensable suicidio del protagonista. ¿Era justo dejarlo bueno y sano, gordo y...? gordo no, que todos los héroes románticos tienen que ser encanijados y endenques; pero gordo ó flaco ¿era justo dejarle con vida al que habia envenenado á todos, desde la dama al apuntador inclusive? No, acercábase la hora de la expiacion; relamiame los labios con las dulces imprecaciones finales; cuando ¡qué horror! el velon relumbró con luz mas viva en que agoté sus fuerzas, y murió; ¡murió tambien dejando impune al asesinato!

Como es de suponer, sin luz mi habitacion quedó sumergida en tinieblas, y es lástima que el lector no la haya observado á su debido tiempo. Era la habitacion de un poeta: bajo una capa de polvo bastante espesa, un anticuario que quisiera hacer excavaciones, habria descubierto infaliblemente algunos muebles y muchos libros y manuscritos ininteligibles.

Allá por lo profundo, en el silencio sepulcral de la noche, percibíase un ruido sordo y monotonó: producíalo el diente roedor de los ratones que dominados de mi misma aficion, se cebaban tranquilamente en románticos fragmentos. Es de advertir que estábamos en enero y que mi gato andaba aquellos dias, ó mas bien aquellas noches, hecho un galan calderoniano. El débil reflejo de la luna que daba de lleno en la pared de enfrente, penetraba apenas por los escarchados vidrios de mi ventana. ¡La luna! ¿Qué romántico no consagra algunas horas de silenciosa conversacion á la cándida virgen de la noche? ¿Quién siente el intenso frio de enero, si la diosa de los amantes desgraciados le dirigen sus lánguidas miradas? De pechos en la ventana hallaba consuelo mi agitado espíritu en los tranquilos rayos lunares, y solaz en la oscura mi ardorosa frente.

Descollaba ante mis ojos un negro y gigantesco edificio coronado de magníficas torres y góticas agujas, las cuales suavemente iluminadas por la luna velada de transparentes nubecillas, producian sombras fantásticas y caprichosas: haciale parecer fundado sobre el abismo de la obscuridad de la angosta calle que ocultaba todo el primer cuerpo, y completaban tan siniestro cuadro las lechuzas que revolando por los capiteles daban al aire su desapacible y fatídico graznido. Estaba hermosa la catedral con sus fúnebres atavíos, sublime con su negra melancolia.

¡Qué impresion me hizo aquel espectáculo! ¡qué recuerdos me excitó! Yo lo contemplaba absorto, enagenado. Flotaban en mi memoria los héroes novelescos con el séquito correspondiente de puñales y venenos: con ellos sus venganzas, con ellos sus adúlteros amores, los bardos que los contaban y en laud tristemente olvidados sobre la roca.

Engolfado en tan dulces ilusiones, no habia reparado en que la luna, sin dársela un ardite por todas ellas, besaba ya los bordes de su tumba: las torres proyectaban sobre el tejado de la iglesia sombras mas prolongadas, y dos fuertes campanadas poblaron el ámbito, haciendo estremecer el viento con retumbantes vibraciones: enmudeció luego toda la naturaleza; todo quedó en reposo; el tiempo mismo parecia haberse echado á dormir. ¡Así juzgaba yo, pobre de mí, que ignoraba que no hay cabezal bastante blando ni narcótico asaz fuerte para las pasiones frenéticas que enseñoreándose del corazon humano traban con la razon un combate sin tregua ni reposo! ¡Ay! estaba escrito que aquella noche presenciase yo un acontecimiento para que no olvidara nunca tan recóndita verdad.

En el tejado de la catedral aparecieron dos negros bultos que lenta y cautelosamente se encaminaban á cobijarse bajo la sombra del cimborrio. Confieso mi pecado: no pude reprimir un movimiento de sorpresa y curiosidad, un grito de alegría. Iba sin duda á presenciar una aventura novelesca: no eran aquellas las ilusiones de mis dramas, los rastros de luz de aquellos cometas fatídicos; era la realidad, la naturaleza pura, la verdad. Sentia el ruido de las tejas, veia agitarse dos

negros bultos en incierto giro, y si tal vez echaba de menos el lente para distinguirlos con claridad, ¿cómo los abandonaba, cómo los perdía de vista un solo instante para buscarlo, cuando ni siquiera me atrevia á respirar?

Las dos personas en tanto ibanse acercando á la cúpula protectora, y confundidas con sus propias sombras y las curvas de las canales, tomaban formas caprichosas que llegaron á infundirme cierto respeto. El sitio, la hora, una dosis suficiente de miedo que debo ingenuamente confesar, dábanles cierto barniz sobrenatural y misterioso. De repente me estremecí al sentir en *lontananza* un grito horrible lanzado por otro tercer personaje que apareció en la escena. No era humano precisamente aquel berrido espantoso; era el eco de la venganza; tenia algo del rugido de la fígre que vaga por el desierto buscando sus perdidos cachorros. Los bultos primeros se escondieron apresuradamente y en la obscuridad centellaban sus ojos como una luz fosfórica, como un fuego fatuo sobre las tumbas de un pueblo entero. Aquella mirada terrible, aquellos ojos ardientes, aquella luz siniestra, luminaron de repente mi memoria, encendieron mi fantasia, y no fué necesario mas para que yo supiese á que atenerme respecto de los personajes del drama atroz que iba á representarse para un solo espectador en el magnífico teatro de los tejados de la catedral.

II.

Algunos años ántes de estos acontecimientos, habia nacido un niño á quien pusieron por nombre Esquilon, por ser hijo del campanero de la catedral que murió satisfecho dejándolo en posesion de su oficio. Su morada era el campanario: si alguna vez salia él nunca de las cercanas galerías y claustros del anchuroso templo. Victor Hugo habra tenido noticia de él sin duda para crear á Quasimodo, ó tal vez yo habia tenido noticia de Quasimodo ántes de reparar en Esquilon: no estoy en lo cierto; el lector resolverá la cuestion: ello es que entre los dos se observan grandes puntos de semejanza. Su aspecto era ceñudo, su condicion adusta y desabrida. Pero bajo tan broncas apariencias abrigaba un sentimiento blando y cariñoso que la ternura sabe buscar, hospedarse en erizos con figura humana. Una gatita linda y relamida era su Esmeralda, el sér privilegiado que lograba deslumbrar su faz sombría, el único partícipe de los gorriones y vencejos que cazaba el diestro campanero, enemigo mas terrible que conocieron jamás los chillones pajáritos.

Un dia solemne, despues del toque de vísperas, desde el balaustre de la torre que caia perpendicular sobre el pórtico del templo, contemplaba Esquilon atentamente los mendigos que piden limosna. Entre ellos habia una jóven fresca y rolliza que alargaba tambien su linda mano á los devotos que entraban á la iglesia. Jamás los melancólicos é indiferentes ojos del campanero se habian fijado por tanto tiempo sobre un objeto. Desaparece súbitamente de allí; y al poco rato viósele con asombro traspasar por primera vez el dintel de la puerta y arrebatar en sus brazos á la jóven penoicaute, subióla á su habitacion, la dejó sentada, y se apartó con respeto mirándola con ojos abrasadores. Ella estaba trémula y sin volver en sí del natural asombro y primer sobrecogimiento.

—¿Eres moza? ¿Quieres casarte? le dijo por fin el raptor con voz agitada y balbucientes labios procurando suavizar su acento habitualmente bronco como aquel cuyo tímpano está endurecido con sonidos fuertes. Si Esquilon hubiese conocido al mundo mas cerca que de las torres de la catedral, escusaria en todo tiempo preguntas indiscretas que habrian embarazado á la misma verdad, si la verdad fuere mujer soltera. Lo cierto es que las respuestas de Rosa, que así se llamaba la doncella, de tal modo trastornaron el juicio del apasionado Esquilon, que cogiendo segunda vez á la hermosa en sus robustos brazos, sube como un relámpago al campanario, y.... jamás, jamás los vecinos de aquel pueblo oímos un repique mas estrepitoso, mas prolongado, y sobre todo mas estemporáneo. A poco tiempo fueron esposos Esquilon y Rosa.

A pesar del corto conocimiento del mundo que ántes achacabamos al campanero, no dejaba este de sospechar que su esposa era demasiado linda para que en su primitiva vida abandonada hubiese carecido de apasionados. En efecto, prescindiendo de los elegantes que cuando iban á oír la magnífica orquesta de la capilla, tan caritativa, desinteresada, y abundantemente la socorrian, un flamencote sano y colorado, de su misma profesion, penaba por la doncella en la época de la terrible interpelacion del campanero. Llamábanle el Cojo, por tener una pierna que daba compasion cuando la exponia al público; pero que mas bien hecha y torneada no se presenta en la academia de San Fernando, si la quitaba ciertos trapos, cuando la noche tendia su manto encubridor. Esquilon amaba á su esposa con delirio, y tenia que ser celoso; pero demasiado bueno, como tantos otros, y poco instruido además en las arterias de los hombres, quedaba satisfecho con ponerse detrás de su mujer cuando oia misa desde las afiligranadas galerías del templo, observando el movimiento de sus ojos. Estos se fijaron un dia en un sacristan que tocaba la campanilla en los oficios divinos, y la astuta Rosa procuró reprimir su estremecimiento de gozo, al conocer bajo el roquete y la ropilla al nunca olvidado Cojo, su antiguo amante.

Referir los medios de que se valió el mendigo para

tan singular metamorfosis, los que inventó para quedarse escondido tras del portal del altar mayor, la destreza con que á la noche trepaba, lleno de telarañas por las entalladuras y cornisas de las capillas y naves, arribando por término de su viaje al tejado mas oculto, acechando á Rosa, y aguardando la ocasion de hablarla y echarla en cara su infidelidad, fuera tarea para mí tan grata, como al lector molesta: baste asegurar que las temerarias travesuras del Cojo fueron observadas por algunos vecinos, y aunque sacó tan solo algunas horas menos de sueño y algunos resfriados de mas, porque la esposa del campanero por imposibilidad ó por virtud, no habia abandonado un instante siquiera el sagrado tálamo, no fué menester mas para que las gentes diesen en mostrarse maravilladas de que Esquilon fuese creciendo á palmas aquellos dias: que no le basta á la mujer ser virtuosa para ser honrada, es preciso que no sea ligera, sobre todo cuando no puede disculpársela por inocente.

III.

Con estos antecedentes conjeturé que Rosa al fin y al cabo habia sido débil, acudiendo al engañoso reclamo del amante, y que el terrible marido acababa de cogerla in fraganti.

Los bultos agrupados á la sombra, ó sean el sacristan y Rosa, pues no me cabia duda de que ellos fuesen, apenas osaban respirar, ni pestañear siquiera para no ser sentidos: era tarde: Esquilon se acercaba lentamente en sus rugidos de tigre con sus terribles ojos de gato montés. En sus miradas leia yo el feroz intento de venganza: en su paso mesurado la irrevocable y fria resolucion de llevarla á cabo. Cerca estaba Esquilon de los criminales que seguros de haber sido descubiertos, por un instinto de propia conservacion, se levantaron unánimes para huir; pero él se arroja al encuentro de los fugitivos, lanza un grito furioso, y cada una de sus crispadas manos apretaba luego con desesperacion á cada uno de los desdichados amantes. No pronunciaban, no percibí al menos una palabra. Helóse la sangre en las venas viéndoles casi al borde de la cornisa suspendida sobre un abismo. En vano desde mi ventana les llamaba con súplicas, con amenazas; el miserable sacristan impulsado por el brazo de hierro del ofendido esposo, atravesó el aire con fragor, y el estruendo de un cuerpo estrellado contra las baldosas resonó en el fondo de la lóbrega calle. Quedé mudo de horror.

Yo imaginé que la venganza del bárbaro campanero estaria satisfecha: que los lloros de la esposa ablandarian un corazon que hasta entónces idolatraba en ella; mas no fué así: aborrecíala tanto como la habia amado. Continuaba la lucha sacrílega entre los esposos: lucha terrible en que las esperanzas del uno solo se cifran en la muerte del otro. Peleaban con encarnizamiento inaudito, con desesperacion; pero el combate no podia ser muy largo... ¡las fuerzas eran desiguales! ¡Ay! La pobre Rosa, agarrada con ambas manos al extremo del alero, colgada á plomo sobre cuerpo exánime del infeliz amante, esforzándose por trepar al tejado, parecia una de esas matas secas agitadas por el viento que pendian del antiguo edificio. Esquilon inmóvil, un poco apartado contemplaba con repugnante serenidad su agonía; escuchaba con frialdad los penetrantes chillidos de la víctima; pero al fin compadecido de sus gritos y lamentos acudió á su socorro, y ella asiéndose á una de las piernas del campanero, sacudiose con violencia, y los dos esposos con algunas tejas fueron á parar al abismo. En aquel drama si que ni un solo actor se habia salvado: en poco estuvo que el público, es decir, yo, no apelase tambien al noble recurso de los protagonistas.

IV.

Alarmada con mis gritos la gente de casa, subió á mi habitacion y me encontró anegado en sudor de muerte, pálido y con el cabello erizado. Pude con entrecortadas razones indicarle algo de la catástrofe horrorosa que acababa de presenciar, y bajamos á la calle con luces por ver si milagrosamente alguno de los infelices víctimas conservaba aun el aliento. Que sus almas no peciesen ya que los cuerpos no podian salvarse. Un criado salió á toda prisa á llamar al alcalde, otro al cura y al cirujano, y los demás temblando, despavoridos nos acercamos á tres bultos que divisamos bajo las tejas que faltaban del alero, y... ¡Oh sorpresa! ¡oh vergüenza! Eran tres enormes gatos que yacian derrengados: el gigante de mi casa, que dejando holgar á los ratones, se iba á picos pardos é hizo el papel de campanero; un negro rabon y sin orejas, que desempeñó perfectamente el de sacristan, y la malhadada gatita de Esquilon á quien ambos cortejaban.

Encerréme en casa y en mucho tiempo no salí temiendo la rechiffa de los muchachos del pueblo en el cual llegó á cundir la noticia de mis gritos, y la venida del cura, del alcalde y cirujano á presenciar la muerte de los tres gatos mas hermosos de la vecindad.

Mas no pasé ocioso los dias de encierro. Espurgué mi librería de tantas novelas, cuentos y dramas espeluznadores que habian exaltado mi imaginacion y extraviado mi buen juicio y á los cuales atribuí mas que á la incierta claridad de la luna, mas que á mi cortedad de vista y á la falta del lente, la gran parte que tuvieron en tan ridículo suceso.

FRANCISCO NAVARRO VILLORLADA.

## Novedades varias.

**RUSIA Y LA TURQUÍA.**—Los extremos se tocan. Este axioma vamos á representar en nuestro número de hoy, colocando al lado de uno y de otro á los dos contrarios temibles en la cuestion oriental, á los amos de dos grandes imperios, á saber: á Nicolás, el poderoso autócrata de todos los rusos, y á Abdul-Medschid, el orgulloso emperador de los musulmanes; lo representaremos además poniendo el suntuoso, brillante y pacífico palacio de invierno, uno de los edificios mas soberbios de Petersburgo, que es tan abundante en palacios al lado de los fuertes y serios castillos que guardan la entrada de los Dardanelos y amenazan destruir con sus innumerables piezas de artillería al atrevido que pretendiere forzar la entrada. Ya hace meses que sube y baja la balanza de la esperanza, y mas que nunca parece hoy como si estos enredos quisieran terminarse de un modo pacífico.

**EL SULTAN ABDUL-MEDSCHID.**—Desde 1.º de julio de 1839 ocupa Abdul-Medschid, que nació el 6 de mayo de 1822 (ó segun la era mahometana el 14 de Schaban de 1237) el trono de los sultanes del imperio otomano, al cual le llamó la repentina muerte de su padre el Padischah Mahmud II. Era un tiempo peligroso para el imperio otomano cuando el jóven príncipe se encargó del gobierno.

Las tropas del sublevado virey de Egipto Mehemed-Alí al mando del impetuoso Ibrahim habian batido completamente á los turcos en Nisib el 24 de junio de 1839, y no encontrando ninguna resistencia en su marcha sobre Constantinopla, donde un numeroso partido pretendia nombrar al viejo Mehemed, Chakan de ambos mares, si las grandes potencias no se hubieran puesto por medio y salvado el imperio del Sultan por el convenio celebrado en 13 de julio de 1840. Subyugado pues Mehemed-Alí (el 27 de noviembre de 1840), arreglada la relacion del Egipto como país feudal de la Turquía por el tratado de 13 de julio de 1841, y asegurada de este modo la paz, entró Abdul-Medschid apoyado por Reschid-Bajá en el camino de las reformas que su padre habia emprendido tan gloriosamente, y ha demostrado desde entonces que quiere de veras llevar á sus súbditos hácia el bienestar, sin consideracion á sus creencias. Su primer paso considerable dirigido á este objeto, fué el hatischerif de Gülhane de 3 de noviembre de 1839 al que siguieron una serie de disposiciones relativas á él. El 12 de mayo de 1850 apareció el decreto sumamente importante sobre la igualdad ante la ley, de todas las creencias religiosas; en el año de 1853 confirmó de nuevo los derechos y privilegios de todas las iglesias cristianas; y aunque sus planes bien intencionados no se hayan llevado á efecto como debian, no tiene la culpa de ello el bueno y sincero deseo del Sultan, sino la resistencia que opone una gran parte de empleados fanáticos y de preceptores religiosos. El tiempo vencerá tambien esta resistencia.

**EL EMPERADOR NICOLÁS.**—Nicolás, autócrata de todas las Rusias, rey de Polonia, gran duque de Finlandia, etc., nació en el año de 1796. Era el tercer hijo del emperador Pablo, de la segunda mujer de este, princesa de Wurtemberg, y se casó tambien con una princesa alemana, hermana del actual rey de Prusia. Poco se sabe de la educacion del emperador; pero lo cierto es que tuvo la ventaja de no haber sido educado como heredero presuntivo de la corona. El futuro emperador no se dió á conocer de las córtes extranjeras sino despues de la paz de 1815. Al siguiente año visitó á Inglaterra, donde se le agasajó mucho en la sociedad inglesa, por ser hermano del emperador Alejandro, y la obra de M. Baike *Una visita á San Petersburgo* en 1829 y 1830 nos presenta muchos ejemplos de la sensacion que el gran duque produjo entonces. A fines del año de 1816 volvió á Rusia, y pasó el año siguiente viajando por las extensas posesiones de su hermano, en cuya ocasion se enteró perfecta mente del estado militar, comercial y político de cada provincia. En 1817 casó con Carlota, princesa de Prusia. De este matrimonio nacieron cuatro hijos, que recibieron los nombres de los cuatro hijos, de Pablo, Alejandro, Constantino, Nicolás y Miguel, y además tres hijas. Desde 1817 hasta 1825, parece Nicolás haberse ocupado exclusivamente de asuntos militares; á él le debe su hermano principalmente la fuerza y el poder del ejército ruso.

Alejandro murió de repente en el año de 1825. Su última voluntad concedió el trono á Nicolás, porque el heredero inmediato, el gran duque Constantino, habia renunciado á él. Este último confirmó esta renuncia, y en diciembre del mismo año notificó Nicolás á la Rusia y á toda la Europa que su gobierno habia empezado.

El emperador es un hombre de una gran capacidad intelectual; pero los resultados de su gobierno no deben atribuirse únicamente á su genio, sino al mismo tiempo á la penetracion y circunspeccion combinadas de los diplomáticos reunidos que siguen con entusiasmo el sistema ruso.

Nicolás se vió muy pronto envuelto en guerras, cuyos resultados victoriosos afirmaron aun mas su poder. En 1826 estalló la guerra con la Persia, que terminó despues de una lucha de dos años.

La Persia fué tan completamente vencida, que su ruina ulterior solo pudo evitarla el convenio de pagar á la Rusia todos los gastos de la guerra, que ascendian á 18,000,000 de rublos (el rublo á 18 reales 14 mrs.). Desde 1828 hasta 1829 duró la guerra con la Turquía, que finalizó con la batalla de Schumla, en cuya consecuencia adquirió la Rusia diferentes terrenos y considerables ventajas comerciales, teniendo la Turquía que

satisfacer al propio tiempo 10,000,000 de ducados. Despues sobrevino la revolucion polaca, durante la cual acreditó el emperador ser un general infatigable, siendo el resultado de esta lucha el de ser borrada la Polonia del mapa por el Ukase de marzo de 1832. A continuacion principiò la lucha con los tcherkesos que aun no está concluida. Al empezar la guerra componian los tcherkesos un puñado de hombres; ahora unidos con los cosacos constituyen una nacion, y en las batallas con ellos perecen anualmente miles de rusos que siempre se reemplazan de nuevo. La Inglaterra y Rusia fueron aliadas en los asuntos de la Siria, y cuando el imperio turco principiò á temer por su existencia y el ejército de Mehemet-Alí se hallaba marchando sobre Constantinopla, entonces se unieron la Inglaterra, Rusia, el Austria y la Prusia, é impusieron condiciones á los dos bajás demasiado poderosos. Apénas es de dudar, por mas que se diga en contrario, que el ejército ruso se halle hoy dia en el mismo estado brillante que cuando Nicolás subió al trono.

**LOS CASTILLOS DE LOS DARDANELOS.** La antigua Dardania, en el territorio de Troya, dió su nombre al estrecho de unas ocho millas (alemanas) de longitud, que une el mar de Mármara al Archipiélago. Cuatro castillos fuertes en ambas márgenes del canal de los Dardanelos (los antiguos lo llamaban el Helesponte, porque Helé, la hija de Atamás y de Nefelé, segun cuenta la fábula, cayó allí de su carnero alado al mar y pereció) amenazan con la destruccion á los buques enemigos y precedentes del Mediterráneo que quisieren forzar el paso. Dos de estos castillos situados en la primera entrada viniendo del mar Egeo, se llaman los castillos Nuevos ó los nuevos Dardanelos, y han sido construidos bajo el reinado de Mahomet IV en 1658 para proteger á la escuadra turca contra los venecianos, que eran entonces dueños de los mares omnipotentes. El uno de estos, llamado Sedd-el-bahr (castillo del dique del mar) se halla en la costa europea en un sitio donde la distancia de la costa opuesta es de 2,000 toesas: tiene cuarteles para 4 á 5,000 hombres y varias mezquitas: el otro Kum-Kalesi (Hissar Sultani) está frente del primero en la costa asiática.

A unas cuatro leguas mas al Norte están situados los antiguos castillos á una distancia de 750 toesas el uno del otro, que Mahomed II mandó construir inmediatamente despues de la toma de Constantinopla; el uno llamado Kilid-el-bahr (castillos del mar) se levanta en la costa europea, y el otro Boghas-Hissar en la asiática. Mas adelante se estrecha cada vez mas el canal, y á legua y media de los antiguos castillos se aproximan dos lenguas de tierra hasta 875 toesas la una de la otra, y forman el estrecho de 12 leguas tan célebre por las travesías nocturnas de Leandro para ver á la Hero, por el puente de Xerxes, sobre el cual pasó sus cien miles á Grecia, y por el paso de Soliman en unas meras balsas.

Este estrecho es el verdadero canal de los Dardanelos que sin fortificacion alguna conduce al mar de Mármara, donde 60 millas mas allá se halla situada Constantinopla á las orillas de otro canal llamado el Bósforo que une el mar Negro al anterior.

No siempre han ofrecido estas fortificaciones, muy abandonadas por los turcos, la proteccion que de ellas se esperaba; y dos veces lograron los buques ingleses forzar el paso: la primera vez por el almirante Elphinstone el 26 de julio de 1770, que con tres navios de línea y cuatro fragatas persiguió á dos navios turcos y pasó por delante de los primeros castillos; y la segunda por el almirante Duckwoth el 19 de febrero de 1807, que con ocho navios de línea, cuatro fragatas, varios buques y lanchas cañoneras verificó el paso de los Dardanelos sin pérdida alguna, y se presentó el 20 de febrero á la vista de Constantinopla. Logró tambien volver el 2 de marzo sin gran pérdida.

En el tratado de setiembre de 1841 estipularon las cinco grandes potencias que no se permitiese á ningun buque de guerra la entrada en los Dardanelos. Pero las circunstancias son los enemigos declarados de los tratados; y si la paz entre la Rusia y Turquía no se proclama, hay delante de los Dardanelos numerosos buques de guerra ingleses y franceses prestos á pasarlos y anclar delante de Constantinopla.

**EL PALACIO IMPERIAL EN SAN PETERSBURGO.**—San Petersburgo es muy abundante en magníficos palacios. Vamos á dar, ántes de pasar al mas nuevo y mas suntuoso de todos, el palacio imperial de invierno, una sucinta descripcion de los demás. El palacio que el emperador Pablo mandó construir en el sitio del antiguo palacio de verano situado sobre la Fontanka, y que dedicó al arcángel Miguel, llamado el antiguo palacio Michallow, es un grandioso cuadrado macizo, cuyas cuatro fachadas son enteramente iguales en sus decoraciones. Para acabarlo trabajaron diariamente 5,000 personas, y su coste ascendió á 18 millones de rublos. Grandes y laberínticos son sus espaciosos interiores y salas. Al piso principal conduce una magnífica escalera de mármol. De mucho mérito son las pinturas de los techos. En la actualidad se halla establecida en este palacio la academia de ingenieros militares. En una de las salas se halla, cosa muy significativa, una completa representacion de los castillos de los Dardanelos con todos sus baluartes y murallas y con una exacta imitacion de todos los pequeños golfos del Helesponto y de las alturas y rocas circunvecinas.

En la tranquila y clara superficie de este sube y baja una infinidad de buques turcos y rusos. Aquí se ve representado el axioma de Alejandro: *Il nous faut avoir les clefs de notre maison dans la poche.* (Debemos tener en nuestro bolsillo las llaves de nuestra casa).—El nuevo

palacio Michallow, la residencia del gran duque Miguel, es el edificio mas elegante de San Petersburgo. El italiano Rossi lo construyó al principio de la segunda década de este siglo. Libre y desembarazado por todos costados, extiéndese cómodamente con todas sus alas y patios y se presenta á la vista del espectador con todas sus hermosas proporciones como un conjunto acabado. Unido á este palacio se halla el pequeño jardin de verano, y delante de la fachada principal una grande y despejada plaza. Dos elegantes puertas de verjas conducen á una magnífica rambla, donde está la puerta del edificio principal.—El palacio Tauro, que Catalina regaló al vencedor del Khan de la Crimea, Potemkin, y luego volvió á comprar, tiene el mayor balcon de San Petersburgo, para cuya iluminacion completa se necesitan 20,000 hachas de cera.—El palacio Annitschkow está situado en la gran perspectiva en la inmediacion de la Fotanka: fué edificado por Isabel, y regalado á Rasumowsky, despues comprado dos veces por Catalina, y dos veces regalado por esta á Potemkin. Actualmente es el palacio favorito del emperador.

En los dias 29 y 30 de diciembre del año de 1837 consumieron las llamas toda la parte suntuosa é interior del gran palacio de invierno, á saber, la sala Blanca, la sala de San Jorge con sus preciosas decoraciones, la sala de los Generales, pudiéndose salvar felizmente aunque humeados los 400 retratos de los feldmariscales, almirantes y generales del ejército ruso, los aposentos de la emperatriz con su brillante contenido, con todas sus preciosidades maravillosas, en que miles de artistas habian empleado años enteros en penosos afanes, con todo su esplendor fabuloso, con sus admirables vasos de malaquita, columnas y chimeneas de hermoso jaspe, para la reunion de cuyo material se ha necesitado medio siglo. Los mas gloriosos y florecientes gobiernos, la espléndida corte de Isabel y Catalina, la corte elegante y de buen gusto de Alejandro y Nicolás habian empleado casi un siglo en reunir todos estos tesoros y todas estas preciosidades.

Las series de habitaciones del palacio de invierno eran un verdadero laberinto, y se dice que vivian en él mas de seis mil personas. El mismo ministro de la corte imperial que habia desempeñado durante doce años este destino, no tuvo, segun se dice, un completo conocimiento de todas las partes de este edificio. Hasta se establecieron en este palacio muchas personas que no pudieron considerarse como habitantes legales del mismo. Los guardas en los tejados del palacio, que estaban apostados en aquel lugar con diversos motivos, y entre otros para llenar los grandes receptáculos de agua establecidos allí y echar en ella balas candentes para mantener el agua siempre líquida, se construian chozas entre las chimeneas del palacio llevaban sus mujeres é hijos, y sostenian allí aves domésticas y cabras, que pacian la yerba del tejado. La vida familiar é interior de estas seis mil personas que representan debajo de un mismo techo todas las formas posibles de la personalidad desde el insignificante pinche de cocina y mozo de cuadra hasta el potentado mas poderoso, de estos elegantes oficiales, cocheros barbudos, empleados, damas de la corte adornadas, cocineros blancos como la nieve, darian materia abundante para una interesante descripcion, y podria escribirse una topografía y estadística especiales de esta notable comunidad.

Los trabajos de la reconstruccion de este edificio fueron ejecutados con tal celeridad, que la familia imperial pudo habitar el nuevo palacio ya en las Pascuas del año 1839, y celebrarse en él el 14 de julio el matrimonio de la gran duquesa María con el duque Maximiliano de Leuchtemberg. El dia de Pascua se volvió á celebrar por primera vez el oficio divino en la capilla del palacio de invierno, que tanto tiempo se habia verificado en la capilla de la ermita. De los suntuosos aposentos que despues del incendio han sido restaurados, citaremos las salas Blanca, de los Feldmariscales, de Pedro I, de Mármol y de San Jorge, con un trono de jaspe y ágata, la sala del Trono de la emperatriz Maria, la de los Granaderos, las galerías de Malaquita, de Pompeya y Militar, en la cual se hallan colgados los retratos de todos los generales que han hecho la guerra desde 1812 á 1824. Esta galería es tan espaciosa, que el emperador pasa en ella á veces una revista de todos los oficiales y soldados que han asistido á aquellas gloriosas guerras ó á las de época mas reciente.—Al Este del palacio de invierno, y unida á este por una galería cubierta, está la ermita construida por Catalina II en el año de 1775.

## Camino de hierro por calzadas comunes.

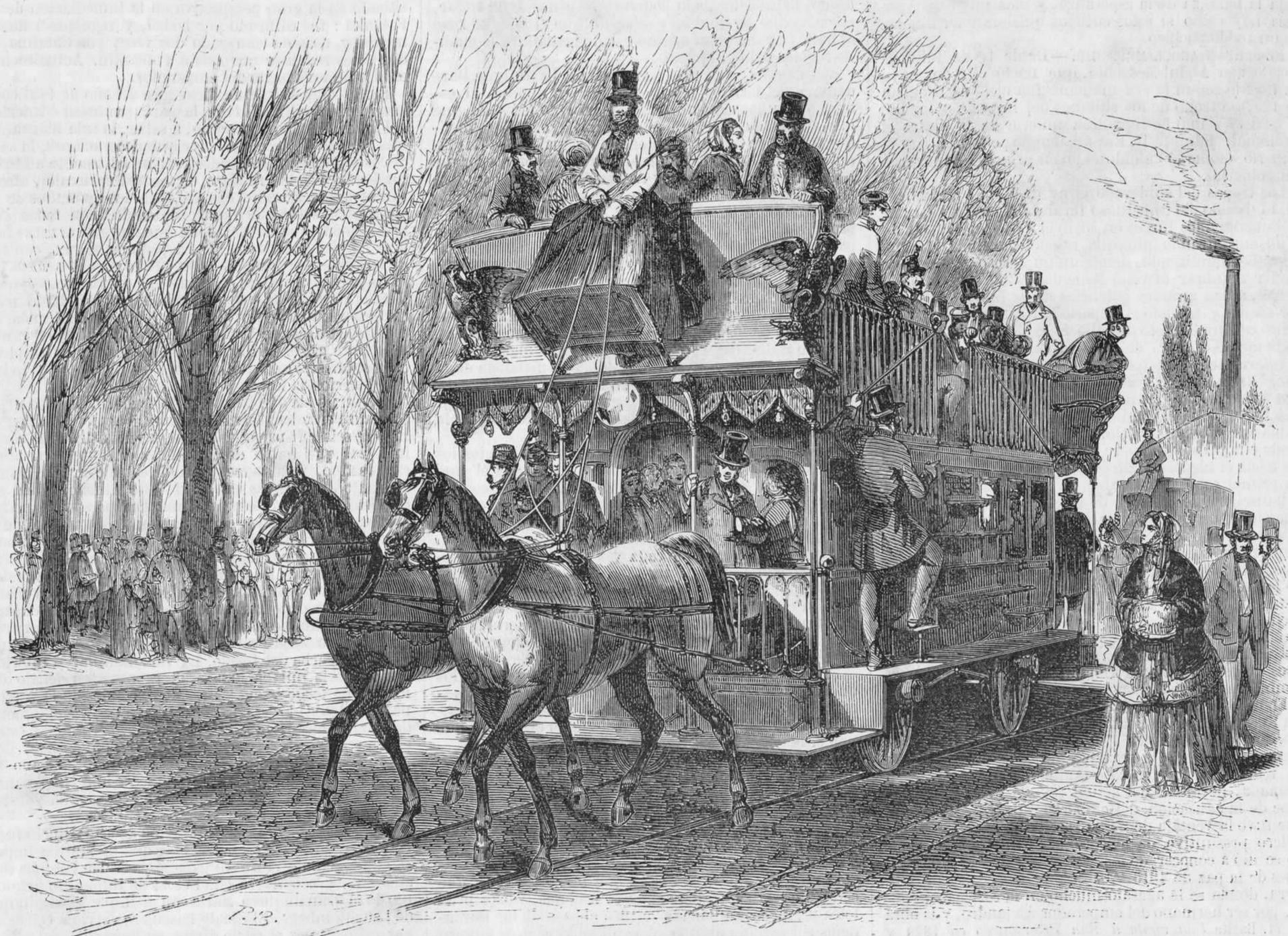
La rapidez es una de las primeras necesidades de la época. Con razon se ha dicho que los caminos de hierro han doblado la vida humana por la economía de tiempo que procuran. Pero los caminos de hierro son muy caros, y no pueden establecerse en todas partes. Era muy sensible que una multitud de relaciones no pudiesen aprovecharse de esta celeridad, y que fuera preciso tanto tiempo para atravesar una ciudad, como para hacer un viaje de algunas leguas por la via férrea. Esta anomalia hacia desear vivamente que la industria introdujese en las relaciones de la ciudad mas rápidas comunicaciones que las que pueden lograrse por los medios comunes.

Tal es el objeto que se ha propuesto M. Loubat con el sistema de ferro-carril, cuyo primer ensayo ha hecho con buen éxito.

Este sistema, aplicable á los caminos de tierra, está fundado en la forma particular de los rails, que presentan en la superficie superior, en lugar de la plancha lisa de los rails empleados hoy, un verdadero carril que recibe la rueda. Estos rails están colocados al nivel de los travesaños de madera en la forma siguiente: Travesaños de diez y ocho centímetros sobre quince están colocados transversalmente en el suelo, á dos metros de distancia uno de otro. Maderas longitudinales, de la misma dimension que los travesaños están embutidos una mitad en estos, á la distancia exacta que debe tener la vía. Estas maderas están preparadas segun una forma que les permite recibir la base hueca del rail. Los rails tienen comunmente seis metros de largo, y

pesan veinte kilogramos por metro de longitud. Los rails están fijos en travesaños con clavos de hierro. Importa observar que el carril de los rails no puede jamás encajonarse, atendida su forma, que, no ofreciendo ángulos, impide que estos cuerpos extraños se queden allí fijamente. Además la plancha exterior del rail está un poco bombeada, de modo que disminuye el roce de las ruedas, que solo se apoyan en una ligera superficie. En estos principios sencillos ha basado M. Loubat su sistema de rails aplicados á las calzadas, y todo hace presagiar que su invento puede aplicarse igualmente á la circulacion en las grandes ciudades. Con efecto, no exige ninguna operacion de nivelamiento, y admite en el trazado de la vía curvas pequeñas, de doce á quince

metros todo lo mas. La traccion se hace por caballos. Se calcula que este sistema verifica una rapidez nominal de veinte kilómetros (tres leguas y media) por hora en buen terreno; lo cual es una economia de tiempo, digna de aprecio. Además, la facilidad del transporte permite emplear carruajes de grandes dimensiones, lo que proporciona una economia en la conduccion. Los gastos del establecimiento de la vía, evaluados en 30,000 francos por kilómetro, se encuentran compensados por la economía de los medios de explotacion. La vía no exige ningun gasto de conservacion. La experiencia que se acaba de hacer de este nuevo camino de hierro entre la plaza de la Concordia y la barrera de Passy puede ser considerada como decisiva.



Inauguracion del caminito de hierro de ómnibus del Cours de la Reine.

Ella ha confirmado los resultados que se prometia el inventor. La vía atraviesa el Cours de la Reine, la calzada de Veuves, haciendo una curva, y por el quai Billy vá hasta mas allá del puente de Iena. En este punto, cruza otra vez el camino real, y se dirige en línea recta á la barrera de Passy. El trayecto es de unos dos kilómetros y medio. Los carruajes, que sirven para el transporte de los viajeros están contruidos por un gran modelo, reuniendo la elegancia con la comodidad. En el interior tienen diez y seis sillones, veinte y cuatro sobre la cubierta del coche, en forma de galería, y el delantero y la trasera pueden contener cinco viajeros en pié á cada parte; total sesenta personas. El carril de la vía se limpia constantemente con una escoba que funciona como el quita-piedras de los caminos de hier-

ro. Un freno de mucho poder, colocado bajo la mano del cochero permite detener instantáneamente el convoy, cualquiera que sea la celeridad.

Debemos añadir que el camino está establecido con una vía; pero á la mitad del trayecto se ha colocado otra segunda que sirve de embarcadero. Las agujas que se usan para cambiar son libres, movibles, giratorias al rededor de un punto que las fija en la vía, y se puede ponerlas en juego con la mano ó un baston. No embarazan el paso de los carruajes ordinarios. Como se puede ver, todas las partes del sistema están perfectamente combinadas para su fácil aplicacion, y sin inconvenientes si se quiere introducir en las poblaciones,

No es dudoso que la invencion de M. Loubat está llamada á prestar grandes servicios como agente de co-

municacion en los centros de poblacion distantes de los caminos de hierro que no se pueden unir por ramales, sea por lo difícil de la ejecucion, sea porque no compensarian los gastos de construccion.

La inauguracion del caminito de hierro de omnibus del Cours de la Reine se ha verificado el lunes último á las dos. El ministro de Obras públicas asistia á ella. Dos carruajes, uno con dos caballos, que podia contener dentro y fuera sesenta personas; el otro de un caballo para treinta viajeros aguardaban á los convidados á la entrada del Cours de la Reine. El convoy ha hecho el trayecto desde la plaza de Luis XV hasta la barrera de Passy en ocho minutos; la vuelta ha tenido lugar en el mismo tiempo.

J. F.

EDITOR RESPONSABLE, CH. D'AMYOT.

PARIS. — TYP. WALDER, CALLE BONAPARTE, 42.

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.

Este periódico sale á luz cincuenta y dos veces al año, con mas de 800 dibujos ó grabados sobre madera de los mejores artistas de Paris, Madrid y Lóndres. Cada número se compone de 16 páginas de impresion sobre papel de lujo con magníficas láminas, retratos y trozos de música intercalados en el texto. Cada mes los suscritores recibirán dos figurines de última moda, uno de mujer y otro de hombre, y varios patrones de bordados de todo género.

SERVICIO POR LOS VAPORES INGLESES DOS VECES AL MES. — PRECIO DE SUSCRICION AL AÑO.

Para la HABANA. . . . .	\$ 12 fuertes.	Para el CENTRO AMERICA, PANAMA y todas las agencias de la COSTA DEL PACIFICO. . . . .	\$ 15 . . .
— el interior de la ISLA DE CUBA. . . . .	\$ 15 . . .	— el PARAGUAY, VALPARAISO, SANTIAGO DE CHILE, SAN FRANCISCO CALIFORNIA. . . . .	\$ 16 . . .
— PUERTO RICO (San Juan). . . . .	\$ 12 50 macq.	— Un número suelto. . . . .	\$ 3 rs. fs.
— el interior de la ISLA DE PUERTO RICO. . . . .	\$ 18 50	— VERA CRUZ y TAMPICO. . . . .	\$ 13 fuertes.
— las ANTILLAS FRANCESAS, INGLESA y COSTA FIRME. . . . .	\$ 12 fuertes.	— Un número suelto. . . . .	\$ 2 1/2 rs. fs.
— la PROVINCIA DE CUMANÁ. . . . .	\$ 12 75 . . .	— MÉJICO, PUEBLA, ORIZABA, CÓRDOVA, JALAPA. . . . .	\$ 15 fuertes.
— Un número suelto. . . . .	\$ 2 1/2 rs. fs.	— todo el interior de la República. . . . .	\$ 18 fuertes.
— la PLATA, REPUBLICA ARGENTINA y el BRASIL, (por los vapores del 9 de cada mes). . . . .	\$ 14 . . .	— Un número suelto. . . . .	\$ 3 1/2 rs. fs.